

Universidad Torcuato di Tella
Departamento de Historia
Licenciatura en Historia

Pietro de Angelis en el Río de la Plata.
Un letrado en el “infinito teatro de interminables disensiones civiles”

Malena Nigro

Tutor: Dr. Darío Roldán

Julio de 2012

Resumen

La figura de Pedro de Angelis es conocida fundamentalmente por su labor como publicista del rosismo, pero también por haber prestado sus servicios a gobiernos considerados radicalmente distintos en términos ideológicos. El estudio de este personaje se ha centrado generalmente en sus aportes para el desarrollo posterior de determinadas disciplinas -la historia, la bibliografía, la edición, el periodismo- o en su papel de publicista, pero ha recibido escasa atención el modo en que se dio su pasaje del rivadavianismo al rosismo. Un cambio de enfoque en el análisis de este personaje, que implique tanto una lectura de su obra en relación con el contexto social y político en el cual fue desarrollada como un análisis atento de su vida en Europa permitirá entender mejor el modo en que este letrado concebía a los gobiernos para a los que prestó sus servicios y el modo en que contribuyó a la conformación del discurso rosista. Asimismo, echará luz sobre el modo particular en que este letrado concebía su labor, que difiere del modelo planteado para la Argentina por la generación del '37. De esta manera, se pretende contribuir a una mejor comprensión de la historia de los intelectuales en América Latina en el siglo XIX.

Palabras clave: Pedro de Angelis, letrados, iluminismo, biografía.

Índice

Agradecimientos	4
Introducción	5
I. Los inicios	12
II. Los primeros años en el Río de la Plata: entre Rivadavia y Rosas	25
III. Un letrado en el “infinito teatro de interminables disensiones civiles”	40
A modo de conclusión. Una vida de exilios	60
Fuentes y bibliografía	68

Agradecimientos

Las páginas que siguen son el fruto de un trabajo con el que varias personas han colaborado. En primer lugar, debo agradecer a mi director de tesis, Darío Roldán, por su dedicación y sus recomendaciones. También a Paula Bruno, primera guía para encarar este trabajo y quien me ofreció su apoyo y sus buenos consejos en los momentos de mayor incertidumbre.

Fabio Wasserman, Alejandro Patat y Amanda Salvioni me ofrecieron generosamente su colaboración y me facilitaron material por demás útil para analizar la vida de Pedro de Angelis en Buenos Aires.

Este trabajo, por otro lado, es la culminación de mis estudios de grado y por ello me siento en el deber de mencionar aquí también a una serie de profesores que hicieron que el tránsito por estas aulas resultara particularmente grato y estimulante. En primer lugar, Karina Galperín, quien en un primer momento llamó mi atención sobre la obra del personaje que sirvió como objeto de esta tesis. Con ella y Fernando Rocchi, por otro lado, tuve la oportunidad de iniciar mi trabajo como docente en esta facultad. Finalmente, Leandro Losada se mostró siempre atento al avance de mi trabajo y me incentivó a seguir mi camino en esta profesión.

Mi familia fue también un apoyo indispensable en los últimos años. Querría agradecer sobre todo a mis padres, Rita Michalowski y Daniel Nigro, su afecto en particular en los momentos acelerados en que escribía esta tesis. Una mención especial merece Paula Vena, quien compartió mis angustias desde de sus propias coordinadas disciplinares.

El agradecimiento final es para Matías Butelman, quien me acompañó a lo largo del proceso a veces tortuoso y absorbente de la escritura y me brindó su cariño en los momentos más arduos. A él dedico este humilde trabajo.

Malena Nigro
Ramos Mejía, julio de 2012

Introducción

En una de sus *causeries*, publicadas en el diario *Sud América* en la década de 1880, Lucio V. Mansilla relataba un encuentro de su juventud con “don Pedro” en la provincia de Santa Fe. Con su típico tono humorístico, presentaba una imagen un tanto caricaturesca de de Angelis: un “escritor de la tiranía” que sin embargo era amable en su trato y se empeñaba en convencer a sus interlocutores, con su habla afectada de italianismos, de la bondad de los actos del gobernador, Juan Manuel de Rosas (Mansilla, 1964). El Pietro de Angelis que con tanta familiaridad retrataba Mansilla era un hombre ya afirmado en su posición de publicista del rosismo, por la que sería recordado en su posteridad y no necesariamente de la mejor manera: ya en *Amalia* de José Mármol, -novela de 1851 escrita al calor del enfrentamiento de los exiliados con el gobierno de Rosas-, Daniel, uno de los protagonistas, señala que “Don Pedro de Angelis (...) no toma café; toma agua de pozo, la más indigesta de todas las de este mundo, razón por la cual no ha podido digerir todavía el primer volumen de sus documentos históricos” (2008: 294).

Desde entonces, Pietro de Angelis se ha constituido en una suerte de lugar común de la historiografía que ha analizado al rosismo, ya fuera para reivindicarlo o condenarlo. El recorrido de este curioso personaje, sin embargo, no puede ser entendido sólo en relación con su labor para el gobierno de Rosas. Su vida pública comenzó mucho antes y en un espacio completamente ajeno a los conflictos políticos rioplatense: en Nápoles, bajo el reinado del cuñado de Napoleón, Joaquín Murat. Allí fue maestro de los hijos del rey, trabajó en la Imprenta del Estado Mayor y ocupó un cargo de consejero en la Intendencia de Nápoles. Durante este período de Angelis adquirió su primera experiencia como letrado al servicio del estado, tuvo algún tipo de vínculo con sociedades carbonarias y entró en contacto con la herencia iluminista italiana. Una vez trasladado a París luego de la Restauración borbónica, comenzó a volcar este conocimiento en las diversas publicaciones escritas con las que se sustentaba en ese entonces. En Francia de Angelis no sólo realizó sus primeros escritos, sino que también entró en contacto con el particular mundo intelectual de la década de 1820, caracterizado por los debates políticos e históricos de los jóvenes liberales y el cariz cada vez más conservador que fueron adquiriendo los gobiernos de Luis XVIII y luego Carlos X.

En este contexto fue contactado por un enviado de Rivadavia, quien estaba a la búsqueda de letrados extranjeros que contribuyeran a su proyecto de modernización y elevación cultural de la provincia. Pedro de Angelis llegó a Buenos Aires junto al español Joaquín de Mora en 1827, un momento de profunda inestabilidad política, luego del fracaso de sucesivos intentos de consolidación de una autoridad central, como el de la efímera Presidencia. Su labor de publicista, que sólo llegó a desempeñar por unos pocos meses desde la redacción de dos periódicos, se vio repentinamente socavada por los vaivenes de la política rioplatense.

La inestabilidad se prolongó a lo largo de las décadas siguientes; de hecho, todo el período en el cual transcurrió la vida de de Angelis en Buenos Aires, desde 1827 hasta su muerte en 1859 estuvo signado por los enfrentamientos entre distintas facciones por imponer una organización política a las provincias del Río de la Plata. Luego de Caseros resultó evidente la fragilidad del orden mantenido por la hegemonía de Buenos Aires sobre las provincias durante el período rosista y un nuevo conflicto se desencadenó entre la Confederación y la provincia de Buenos Aires, convertida en Estado. Frente a este escenario y frente a la caída del régimen que había contratado sus servicios, las actitudes de los distintos “sabios” europeos fue dispar. Mora partió a Chile en 1828, mientras que otros, como Zucchi y Mossotti, permanecerían en Buenos Aires sólo hasta 1835. De Angelis, en cambio, continuó su labor en esta ciudad. De hecho, con el ascenso del rosismo este personaje pasó a ocupar un lugar central en la esfera cultural porteña: en 1831 se le otorgó la administración de la Imprenta del Estado, a la que se sumó al año siguiente la propiedad de la Imprenta de la Independencia; en 1840 se lo designó Segundo Archivero del Archivo General de la Provincia de Buenos Aires; y desde 1829 fue convirtiéndose, paulatinamente, en el principal publicista del rosismo, papel que tuvo su punto cúlmine con una de las publicaciones más ambiciosas del régimen, el *Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo*, periódico escrito en español, inglés y francés, para su distribución en distintos países extranjeros. Este vínculo con el régimen rosista -aunque haya sido probablemente una de las razones de su exilio en Montevideo entre 1852 y 1854- no le impidió vincularse con Urquiza luego de Caseros ni retornar a Buenos Aires gracias a las gestiones, entre otros, de Mitre, quien solicitó su colaboración para la fundación del Instituto Histórico Geográfico.

El sinuoso recorrido de Pedro de Angelis, contratado por facciones opuestas entre sí es uno de los rasgos más recordados del personaje, particularmente en lo que se refiere a su pasaje de las filas del rivadavianismo a las del rosismo, ya que en ambos casos cumplió un papel de

publicista que intentaba legitimar a estos dos gobiernos ante la opinión pública. Sin embargo, ha recibido poca atención el problema de cómo fue exactamente que se dio este pasaje: ¿cuáles eran las opciones abiertas a de Angelis en ese entonces? ¿qué percepción tenía este extranjero de las diversas facciones que se disputaban entonces el poder político y cómo concebía su papel de letrado en medio de los conflictos políticos de esta joven república? Este trabajo intenta echar luz sobre estos interrogantes a partir de un análisis de la vida de de Angelis que preste atención tanto a su experiencia europea como a las características concretas que adquirió su transformación de *sabio europeo* del rivadavianismo a *escriba del rosismo*.

Buena parte de los estudios dedicados a analizar la figura de Pedro de Angelis han destacado principalmente sus aportes a distintos aspectos de la cultura argentina, particularmente su labor como bibliógrafo y coleccionista de documentos históricos, áreas en las que habría sido un precursor. En este sentido, se ha destacado su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, publicada entre 1835 y 1838, por haber constituido la primera edición de muchas de las obras que contiene, lo cual favoreció su preservación para el posterior uso por parte de los historiadores (Carbia, 1939). Este tipo de abordajes, que tienen el valor de destacar a la figura de de Angelis y aportar al conocimiento de su obra -Becú y Torres Revello (1941), por ejemplo, hacen una descripción pormenorizada de diversas encuadernaciones de la *Colección de obras y documentos*, fundamentales para el análisis de esta obra- sin embargo tienden a valorar al personaje a partir de su legado para la posteridad, sin indagar sobre sus relaciones con el ambiente político de la época. Esto es el resultado, en general, de una postura crítica frente al rosismo, que hace que el personaje sea aislado del contexto en el que produjo la mayor parte de sus escritos. Este tipo de abordaje resulta claro en la obra de Zinny, para quien “el sabio de Angelis” cae en la desgracia de que se cierre la etapa rivadaviana (1958, 164-167), pese a lo cual puede producir obras valiosas como la mencionada *Colección de obras y documentos*.

Del mismo modo, las obras de Rojas e Ingenieros, aunque se dedican más pormenorizadamente a realizar un retrato del contexto cultural durante el rosismo, tienden a ver a de Angelis en contraposición con ese contexto de *decadencia*. El primero, por una parte, presenta al letrado napolitano como el escritor más representativo del gobierno de Rosas, una “dictadura sin letras”, que había provocado la emigración de los poetas y la regresión cultural de la ciudad, y a de Angelis como un hombre más caracterizado por su habilidad que por su talento. Al mismo

tiempo, destaca, como los autores anteriores, el valor de la *Colección*, por su legado para los historiadores futuros (1948, 507-527). Ingenieros, más benévolo con el “cultísimo escritor italiano”, señala como sus principales aportes la ya mencionada *Colección* y el intento de introducir las ideas de Vico en Buenos Aires, que sin embargo no pudieron prosperar debido al retroceso cultural y moral que habría caracterizado al rosismo (1937, 218-225).

Similar es la postura de las biografías laudatorias de Díaz Molano (1968), Sabor (1995) y Marani (1987). Las dos primeras están guiadas sobre todo por la voluntad de destacar fundamentalmente un aspecto de la obra de de Angelis: en el caso de Díaz Molano, la obra histórica y la periodística, ya que lo presenta como uno de los fundadores de la prensa en la Argentina, mientras que Sabor se concentra en la producción del *Archivo Americano* y en la producción bibliográfica. En las tres el personaje deja de ser visto sólo a partir de su vínculo con el rosismo, en tanto presentan un recorrido por toda la vida de de Angelis, que se concentra también en el período europeo y rivadaviano.

El problema del “pasaje” del rivadvianismo al rosismo, si bien parece ser entendido como un punto problemático de la vida del personaje, no concita el análisis de ninguno de estos escritos laudatorios, pero sí ha sido frecuentemente utilizado por quienes han desestimado a la figura de de Angelis en el contexto más global de impugnación del período rosista en su conjunto. Así, Trostiné y de Gandia lo presentan como un escritor venal que, al cambiar de partido, cambió también sus ideas para acomodarse a los designios de Rosas (1946). Sólo Weiss, en contraste con estos planteos, ha defendido la unidad de ideas entre el período europeo y el rioplatense de de Angelis, en un texto que busca en su vida en Europa la clave para entender al personaje, que en el fondo siempre habría estado comprometido con la defensa de un impreciso ideario liberal (1944).

En el marco de una renovación de la historia de las ideas de las últimas décadas, las obras de Myers y Wasserman han tratado la producción de de Angelis del período 1829-1852 como parte de los discursos producidos por el rosismo en su búsqueda de legitimación. El primer autor, en su análisis del discurso político del rosismo, sostiene que fue esencialmente republicano y se organizó para responder a las exigencias creadas por los sucesivos fracasos en la institucionalización del poder desde la Revolución. Estas exigencias, así como la conciencia de la importancia de una política de propaganda para la legitimación del poder y las políticas concretas en relación con la prensa durante los primeros años constituirían una serie de

continuidades con el período rivadaviano que matizarían la imagen del rosismo que lo asocia con el “terror”. Si bien es cierto que recurrió a la violencia política para evitar las disidencias, lo hizo sobre todo en momentos de crisis y por otro lado esto no basta para explicar el apoyo con el que sí contó el régimen. En este sentido, los publicistas tuvieron un rol central ya que fueron quienes aportaron los lenguajes políticos al gobierno y es por esto que su formación intelectual previa incidió en el tipo de argumentos esgrimidos en sus discursos (2002, 13-34). En lo que respecta a de Angelis, el autor nota una fuerte influencia del liberalismo doctrinario que, presente sobre todo en sus primeros escritos, tendió a diluirse, aunque sin desaparecer, en la retórica republicana del rosismo, que habría reforzado aquellos aspectos de su ideario liberal más compatibles con un régimen autoritario. Esto se debería a que esta retórica republicana habría tendido a excluir toda forma de representar el mundo que pudiera atentar contra la legitimidad del régimen (2002, 37-41, 44).

Si Myers analiza parte de la obra de de Angelis en el contexto de la propaganda del rosismo, lo cual le permite dar cuenta de sus representaciones políticas, Wasserman, por su parte, sostiene una visión distinta sobre estas representaciones a partir del estudio de las miradas del pasado de las elites letradas entre 1830 y 1860. Las obras de de Angelis son vistas como parte de un corpus que ya no es únicamente el de los discursos rosistas, y esto permite apreciar puntos de contacto con la forma en que el resto de las elites letradas representaba temas como el período colonial, el pasado indígena y la Revolución de Mayo. El autor analiza algunos escritos de la *Colección de documentos* y el *Archivo Americano* para señalar que el discurso público del rosismo no estuvo caracterizado sólo por la retórica republicana sino también fundamentalmente, por el liberalismo (2008, 64-69; 140-150).

Tanto Myers como Wasserman, a diferencia de lo que ocurre con las biografías señaladas anteriormente, dan cuenta de algunas ideas esgrimidas por este letrado y de su funcionamiento en el contexto del discurso político del rosismo. La figura de de Angelis adquiere así mayor profundidad, en tanto se entiende a este personaje en el marco de una coyuntura política particular y un conjunto de ideas y representaciones de la elite letrada porteña de ese entonces. Sin embargo, en estos análisis el personaje pierde algo de la individualidad que sí se habían encargado de señalar los escritos laudatorios mencionados anteriormente.

Este trabajo se propone delinear contornos más precisos para entender el recorrido de este personaje y su actuación en el contexto rioplatense de la primera mitad del siglo XIX. No se

pretende aquí dar una visión acabada de la totalidad de su vida, sino que se prestará mayor atención al período europeo (1784-1826), a la labor bajo el gobierno de Rivadavia (1827) y al período de su transformación en un publicista del rosismo (1828-1839). No se analizará tampoco la totalidad de la obra de de Angelis, tarea que excedería con creces los objetivos de este trabajo, sino aquella que ha resultado más relevante para cada uno de estos momentos de la vida del letrado.

El primer capítulo está dedicado a la vida de de Angelis en Europa, donde inició su labor como letrado en el contexto de la monarquía de Murat en Nápoles y en la Francia de la restauración. Se sostendrá que fue en este escenario donde de Angelis adquirió habilidades que luego pondría en práctica en el contexto rioplatense y donde entró en contacto con los debates que tenían lugar en París en la década de 1820. Asimismo, como se demostrará a partir de un análisis de sus primeros escritos para la *Biographie Universelle*, el ideario del iluminismo italiano tardío tuvo un lugar preponderante en el conjunto de ideas con el que este letrado llegó a Buenos Aires.

Estos conocimientos fueron puestos al servicio, en primer lugar, del proyecto cultural rivadaviano, tal como lo muestra el análisis de sus dos primeros periódicos *La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* y *El Conciliador*, en el capítulo II. Allí se toman en consideración, también, cuáles pueden haber sido algunas de las causas que llevaron a de Angelis a prestar luego sus servicios al rosismo: este pasaje -en realidad menos automático que como suele presentárselo- fue la opción elegida por varios miembros de la elite política porteña, así como también por los *esuli* italianos, que veían probablemente en Rosas a un garante del orden, necesario para las *jóvenes repúblicas* americanas.

En el capítulo III se considera con más detenimiento el modo en que de Angelis se transformó a lo largo de la década de 1830 en el *escriba de Rosas*. Allí se analizan principalmente dos obras de estos años, los *Ensayos literarios y políticos* y la *Colección de obras y documentos*, en las cuales se observa el modo en que su autor reformuló, pero mantuvo, algunas de sus ideas de los años anteriores en su aporte a la conformación de un discurso rosista. Finalmente, se contempla el recorrido de este personaje en comparación con el de los miembros de la generación del '37 y el modo en que uno y otros entendían su función de letrados en relación con la política. Se argumentará allí que de Angelis no se adapta al modelo de letrado planteado en general por la historia de los intelectuales en América Latina en el siglo XIX, en

tanto no buscó presentarse como aquel que debía dirigir el destino de la nación, sino que concebía su lugar a partir de su *trabajo* de letrado al servicio del estado y de la instrucción de la opinión.

A través de estas páginas se intentará entonces definir con mayor precisión cuáles fueron las principales ideas y preocupaciones que guiaron a este personaje y que le permitieron, en el Río de la Plata, prestar su pluma a los proyectos de gobiernos aparentemente tan disímiles entre sí. De este modo se contribuirá al conocimiento de la historia de los intelectuales en esta región en la primera mitad del siglo XIX.

I. Los inicios (1784-1826)

Al llegar a Buenos Aires el 29 de enero de 1827 Pedro de Angelis era un hombre de 42 años. Venía de haber vivido seis años exiliado en París, luego de las turbulencias que habían acechado a Europa en los años de la Revolución Francesa, la expansión napoleónica y la Restauración. Aquéllas fueron décadas de profundas transformaciones políticas en el continente, que no dejaron de afectar a los territorios meridionales de la Península Itálica. La vida adulta de de Angelis se inicia en medio de estas convulsiones que impusieron desplazamientos a fronteras y habitantes de Europa por igual.

El *mezzo del camin* de la vida de este napolitano había ya pasado cuando atravesó el océano junto con su esposa Melanie Dayet y el español José Joaquín de Mora, también convocado por Rivadavia para desempeñarse como publicista en una ciudad que el entonces presidente quería poner a tono con las metrópolis europeas. ¿Cómo había transitado de Angelis ese camino? ¿Qué actividades habían ocupado su tiempo hasta entonces? ¿Con qué experiencia llegó al Río de la Plata? Pocos estudios se han dedicado a este período de la vida de de Angelis, aunque son muchos los textos de la historiografía local dedicados a estudiar su pasaje por Sudamérica¹.

Estas primeras páginas están dedicadas a reconstruir su itinerario por Europa, el medio en que desarrolló sus primeros trabajos y trabó sus primeras relaciones. La dificultad para hallar fuentes sobre esta época de su vida impide realizar aquí un análisis exhaustivo de ella; esto requeriría un trabajo más minucioso, que excede el alcance de esta investigación.

Nacido en Nápoles el 20 de junio de 1784, hijo de Domingo de Angelis y Judieta de Rossi, Pedro Antonio Diego Enrique Estanislao vivió sus primeros años bajo el reinado de Fernando IV de Borbón. Weiss (1944), Marani (1987) y Sabor (1995) coinciden en asociar a la familia de Angelis a la carbonería y la masonería. En esta línea, suele señalarse que la breve República Partenopea habría contado con la adhesión del hermano mayor, Andrés (Sabor, 1995: 2, Weiss, 1944: 22), mientras que Pedro, todavía cursaba sus estudios en la Real Escuela

¹ Entre los textos que se ocupan de la vida de Pedro de Angelis en Europa, debemos señalar las biografías de Sabor (1995) y Marani (1987). Ambas autoras basan sus escritos fundamentalmente en el aporte realizado por Weiss en *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis. Contribución a su biografía* (1944), única obra que analiza exclusivamente la vida del personaje transcurrida en el viejo continente, a partir de un análisis de documentos provenientes del archivo del reino de las dos sicilias, reproducidos en el apéndice del libro.

Politécnica y Militar, donde se graduó como oficial de artillería. Su ingreso en la vida pública napolitana se produjo, en cambio, bajo un nuevo orden político, cuando en 1811 fue nombrado maestro de italiano y geografía de las hijas de Joaquín Murat, cuñado del emperador corso y rey de Nápoles desde 1808. Al cargo de pedagogo de las hijas de Murat se sumarían en esos años el de ayo de los príncipes, profesor y sub-bibliotecario de la Real Escuela Politécnica y Militar y, hacia 1813, el de Consejero de la Intendencia de Nápoles.²

Así, Pedro de Angelis recorría un camino común a muchos jóvenes educados de la Italia del siglo XVIII y principios del XIX. Ya desde el siglo anterior venía conformándose en el sur de Italia una incipiente sociedad civil entre los grupos letrados y profesionales, principalmente juristas, que engrosaban las filas de los funcionarios y administradores cuya labor los vinculaba directamente con los centros de poder (Asor Rosa, 2011: 22-23, 39). Esta asociación entre letrados y poder político continuó afianzándose durante el período iluminista: el reinado de Carlos III de Borbón marcó el inicio en Nápoles de este movimiento que buscó consolidar la posición del reino en el plano internacional, llevó a cabo un análisis de su estructura social y planificó reformas en lo político y lo económico, estableciendo una lucha con el marco teológico, filosófico y jurídico heredado. La empresa demostraría en pocas décadas su ineffectividad, ya que, a la larga, el agente encargado de llevar a cabo las reformas, el estado, se mostró débil y atrasado. El desencanto que irían experimentando las sucesivas generaciones de ilustrados napolitanos concluyó finalmente con el acercamiento de los más jóvenes, en las décadas de 1780 y 1790, al jacobinismo, que redundaría en la revolución de 1799, un nuevo y estrepitoso fracaso (Venturi, 1972).

La República Partenopea nació impulsada por la idea de que Napoleón podría ser un sustituto de Fernando IV, es decir, se mantuvo la confianza de los ilustrados en la posibilidad de introducir reformas a partir de la acción de un estado fuerte. Así, la visión del monarca como aquella figura capaz de llevar adelante los cambios políticos y sociales necesarios para hacer emerger a estas regiones de una situación de profundo atraso, surgida con la idea del *despotismo*

² Su presencia en la sociedad civil de la época también se habría manifestado en la pertenencia a una serie de academias de sabios, un espacio típico de sociabilidad de los letrados de la época: el Real Instituto de Estímulo de las Ciencias Naturales de Nápoles, fundado en 1806, la Real Academia de las ciencias físicas y matemáticas, fundada en 1775 con Carlos III (es decir, uno de los vestigios de la sociabilidad ilustrada que es una de las herencias del clima cultural en el que crece de Angelis) y la Sociedad Pontaniana, reorganizada en 1808, retomando la herencia de la Academia Alfonsina del siglo XV (Weiss, 1944: 57).

ilustrado, se mantendrá, por lo menos en lo que a los letrados napolitanos se refiere, hasta las revueltas de 1820 y la represión austríaca del año siguiente (Asor Rosa, 2001: 113).

La llegada de Napoleón a la Península Itálica, entonces, fue en un principio vivida por ciertos sectores ilustrados italianos como el advenimiento de una fuerza liberadora, una promesa de abolición del yugo austríaco, español y papal. En Nápoles, luego de aquella primera corriente jacobina, se desarrolló una corriente crítica del absolutismo pero que encontró un modelo en el orden constitucionalista inglés, percibido como un ejemplo de equilibrio y moderación política. Es la forma en que, según Rosa, los intelectuales comienzan a hacer una autocrítica de la experiencia de las repúblicas democrático-jacobinas de 1796-99. Por ejemplo, Vincenzo Cuoco criticaría al jacobinismo por haber pretendido modificar los hechos sociales a partir de esquemas generales de orden intelectual, que no contaban entonces con el apoyo del pueblo (Asor Rosa, 2011: 81-82). Fue la Carbonería la principal impulsora de esta nueva corriente: “Su programa consistía en intentar imponerles a los soberanos, a través del accionar secreto y de la rebelión, una constitución que garantizase las libertades fundamentales sin cuestionar ni el orden institucional (generalmente monárquico) ni el orden social del Estado” (Asor Rosa, 2011: 108).

La destitución de Murat en 1815 y la restauración de Fernando -ahora rey de Nápoles y del Reino de las Dos Sicilias- no provocaron un alejamiento inmediato de aquellos sectores que habían apoyado la monarquía del primero. El mantenimiento de la mayor parte de las reformas introducidas por Napoleón y el tratado de Calasanza, que aseguraba sus puestos a funcionarios y oficiales nombrados por los franceses, parecen haber dado ciertas esperanzas los seguidores de Murat sobre la posibilidad de seguir viviendo en su tierra de origen. Así, de Angelis permaneció aún algunos años en Nápoles y fue entonces cuando entró en contacto con el mundo de la edición y la tipografía, que más adelante constituiría uno de sus principales sostenes económicos en el nuevo mundo: en 1817 fue nombrado Oficial de Primera, y comenzó a desempeñarse como Corrector Oficial en la Imprenta del Estado Mayor del ahora Reino de las dos Sicilias. Poco tiempo permaneció en ese cargo, sin embargo, ya que en 1819 partió hacia Ginebra y de allí, un año después, a París.

Eran estos los años de la revolución en Palermo que, en sintonía con la ocurrida en España, llevaría a la adopción de la Constitución de Cádiz de 1812 para el Reino de las dos Sicilias, pero también a la reacción de las potencias europeas, reunidas en el Congreso de Troppau, donde se decidiría el futuro de Nápoles. Quizás por recomendación del omnipresente

hermano mayor, de Angelis fue nombrado secretario general de la legación que iría a Rusia a buscar apoyos del zar Alejandro I³. De cualquier modo, el nombramiento da cuenta de la familiaridad de Pietro con los círculos de liberales napolitanos que respaldaron la revolución de 1820 y la adopción de un régimen constitucional. A este respecto, Benedetto Croce señala las opiniones favorables a la Constitución de Andrea di Angelis así como el contacto que por largos años mantuvieron los dos hermanos con Nicola Basti, exiliado en París desde 1799 y con Carlo Troya (1919: 103-111), uno de los redactores de la *Minerva Napolitana*. Este periódico, aparecido en 1820, fue portavoz de los círculos liberales que celebraron el nombramiento de Pietro de Angelis al frente de la legación destinada a Rusia⁴. Finalmente, la empresa no fue llevada a cabo: la invasión austriaca y la abolición de la constitución liberal en Nápoles eximieron a de Angelis de esta primera labor diplomática; el recrudecimiento de las persecuciones políticas, que redundaría en la prohibición de su retorno al país -aparece en la lista de aquellos a los que el sucesor de Fernando I, Francisco I, negó el pasaporte para ingresar a Nápoles en 1825-, por otra parte, prolongaría su estancia en París.

Mientras duró en sus funciones bajo las órdenes del Servicio Exterior de Nápoles, estableció vínculos con Jean Charles Leonard Simonde de Sismondi, el escritor ginebrino amigo de Madame de Staël y antiguo defensor de Napoleón. De Angelis encargó a Sismondi un opúsculo para defender la posición napolitana ante la opinión pública francesa, obra que sin embargo no pudo circular en París debido a la censura.⁵ Es ésta la primera noticia de la que disponemos sobre un intento de de Angelis de intervención escrita en el debate público, aunque en este caso la confiara a otro personaje, más conocido en Francia y con contactos incluso en Londres -Sismondi era el cuñado de James Mackintosh. De hecho, en una carta a de Angelis del 13 de enero de 1821, le pide que envíe copias del opúsculo a Mackintosh, así como también, en

³ En este nombramiento ve Ignacio Weiss un resultado de las relaciones que gracias a su participación en agrupaciones carbonarias, habría logrado entablar de Angelis. El autor señala que los carbonarios -cuya actividad había sido estimulada por el reinado de Murat- conocieron un momento de expansión entre los oficiales del ejército en los años previos a la revolución de 1820, precisamente cuando Pedro de Angelis ingresó en la carrera militar (1944: 61-64) La asociación de de Angelis con agrupaciones carbonarias o masónicas, conjetura aún hoy no saldada, resulta altamente probable, en tanto se trataba de tipos de asociaciones muy extendidas en la época, sobre todo entre sectores ilustrados como aquel al que pertenecía de Angelis. Las sociedades masónicas, que habían surgido en Europa de la mano de los ideales ilustrados habían sido en Nápoles el principal medio por el cual los reformadores adquirieron algún grado de organización (Venturi, 1972: 213).

⁴ “Artículo de la *Minerva Napolitana*, Vol. I, p. 281”. Cit. en Weiss, op. cit., pp. 103-104.

⁵ “Borrador autógrafo de Pedro de Angelis de una carta dirigida al Ministro Interino de Relaciones Exteriores de Nápoles, en la que da cuenta de su actuación al frente de la embajada napolitana en París”, del 1° de febrero de 1821. Cit. en Weiss (1944: 105-110).

París, “al Duco de Broglie, al Conde de Berenger de Tracy, Pontecoutant, Guizot, Cam Jordán”⁶. En otra carta, fechada el 25 de febrero de ese mismo año, Sismondi señala que “Después de escrita su carta los liberales de Francia han mostrado bastante que como los liberales de las demás naciones todos sus votos, todos sus esfuerzos [ser]ían en favor de Nápoles, mas en Francia su situación es casi sin esperanza”.⁷

Esta carta parecería indicar la existencia de algún tipo de vínculo entre de Angelis y los círculos liberales franceses, pero no hay otras pruebas de que hayan mantenido un trato asiduo, tal como afirma Marani (1987: 105). Más allá de una carta de Destutt de Tracy a Rivadavia en la que lo felicita por haber contratado a de Angelis (Marani, 1987: 95; Weiss, 1944: 60), no se conocen comunicaciones posteriores entre ellos. En definitiva, si de Angelis hubiera gozado en ese momento de una relación tan fluida con los círculos letrados parisinos y hubiese encontrado allí un ámbito de pertenencia, resultaría difícil explicar por qué se vio impulsado a cruzar el Atlántico con destino a Buenos Aires.

París: los primeros escritos

Vedado el regreso a su tierra natal, de Angelis debió emprender una nueva vida, lejos del escenario cortesano y de las intrigas de las políticas en los que había participado mientras estuvo en Italia. En efecto, su visión de la Francia en los primeros años de la década de 1820, en plena Restauración, es la de un lugar donde impera la censura y donde “los asuntos de este país siguen su curso normal. El gobierno no es amado, mas obedecido; sus principios no están de acuerdo con las ideas y los deseos de la nación; mas la nación no se opone al desarrollo de sus planes, por falta de unidad en sus deseos”⁸.

En París, entonces, comienza a desempeñarse como letrado al margen de la actividad oficial y se sostiene gracias a los frutos de su pluma. Los escritos que se han dedicado a este período no dan datos muy precisos sobre las obras de de Angelis de aquel momento. Se le atribuye en general la colaboración en las obras escritas por el conde Orlov, entonces embajador ruso en Francia: *Essai sur l’histoire de la peinture en Italie, Essai sur l’histoire de la musique en*

⁶ “al Duca di Brogile, Conte di Berenger, di Tracy, Pontecoutant, Guizot, Cam Jordan”, cit. y trad. por Weiss, p. 112.

⁷ “Dopo la sua lettera scritta i liberali di Francia hanno mostrato abbastanza che al pari de’ liberali d’ogni nazioni tutti i loro voti, tutti i loro [sareb] bero per Napoli, ma in Francia la loro situazione è quasi disperata”, *ibid.*, p. 119.

⁸ “Le cose di queste paese seguono lo steso andamento. Il governo non è amato, ma ubbidito; i suoi principi non sono d’accordo con le idee ed i voti della nazione; ma la nazione non si oppone allo sviluppo de’ suoi piani, mancando d’unità ne’suoi desideri”, *ibid.*, p. 106.

Italie y las *Mémoires historiques, politiques et littéraires sur le Royaume de Naples*. También serían de estos años los escritos para la *Revue Européene* y la *Revue Encyclopédique* -aunque Sabor indica que no hay datos precisos al respecto (1998: 300-302)- y las colaboraciones en diccionarios biográficos. De éstos, es el dirigido por los hermanos Michaud aquel sobre el cual centraremos nuestra atención y esto se debe a dos motivos. En primer lugar, de los tres diccionarios a los que de Angelis habría hecho su aporte, se trata del de mayor envergadura, ya que alcanzó un total de nada menos que ochenta y cinco volúmenes, publicados entre 1811 y 1862. Además, como indica Sabor, no es clara tampoco cuál ha sido la participación del napolitano en las otras dos publicaciones (1998: 285-290)⁹.

La *Biographie universelle ancienne et moderne, ou Histoire, par ordre alphabétique, de la vie publique et privée de tous les hommes qui se son fait remarquer par leurs écrits, leurs actions, leurs, talents, leurs vertus et leurs crimes. Ouvrage entièrement neuf, rédigé par une société de gens de lettres et de savants* fue un típico diccionario enciclopédico tan de moda en esa época. En el “Avis des editeurs sur cette première livraison”, se define a la obra como un diccionario de hombres célebres y los editores se precian de su buena selección de personajes, realmente relevantes para la historia de los pueblos y de las letras, las ciencias y las artes (1811, t. I: IV-V). Más adelante, se refieren a la obra como “esta especie de Enciclopedia histórica”¹⁰, estableciendo así una filiación con aquella gran obra impulsada por Diderot y d’Alembert. Como su predecesora de mediados del siglo XIX, la *Biographie universelle* hundía sus raíces en una firme creencia en la posibilidad de reunir en una publicación colectiva la más variada gama de conocimientos humanos, en este caso, vidas de hombres ilustres, que pudieran servir como ejemplos aprovechables por todos los hombres (1811, t. I: V).

Los *philosophes* habían quedado atrás hacía un largo tiempo, y sin embargo nos encontramos con una empresa que de alguna manera retoma su legado para producir una obra monumental en la que tiene ahora muchísimo más peso la historia, recorrida a través de las biografías de sus protagonistas; de este modo, se intentaba captar a los personajes en su

⁹ Los otros diccionarios biográficos en los cuales habría colaborado de Angelis son: *Biographie nouvelle des contemporaines ou Dictionnaire historique et raisonné de tous les hommes qui, depuis la Révolution Française, ont acquis la célébrité par leurs actions, leurs écrits, leurs erreurs et leurs crimes, soit en France, soit dans les pays étrangers depuis 1787 jusqu’à ce jour... Ornée de 240 portraits au burin... par MM. A. V. Arnault ... A. Jay, E. Jouy ... et J. Norvins*, publicada entre 1820 y 1825 y *Biographie universelle et portative des contemporains, ou, Dictionnaire historique des hommes vivants publiée sous la direction d’Alphonse Rabbe, [Claude Augustin] Vieilh de Boisjolin et [François-Charles Binet de] Sainte-Preuve*, publicada entre 1826 y 1830.

¹⁰ “cette espèce d’Encyclopédie historique” (XIII), la traducción es mía.

singularidad y evitar la desventaja señalada por Bacon en su *Cronica personarum facies externas et in publicum versas propositum*: que el lector viera un sólo costado de los sujetos, aquel que se mostraba cuando se lo presentaba en el escenario de la historia. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con la *Encyclopédie*, no encontramos en las palabras de estos editores rastros de la vocación política que animaba a Diderot y d'Alembert, y que había hecho de su proyecto un emblema de rebelión frente al autoritarismo del estado y los dogmas de la Iglesia. En el caso de la *Biographie universelle*, hay sin dudas una continuidad con ciertos principios del iluminismo - la concepción acumulativa del conocimiento; la producción colectiva de la obra; una idea de la historia como un progreso al cual los biografiados van haciendo sus aportes desde las distintas esferas de su accionar- pero no parece haber una voluntad tan definida de incidir en el debate público, sino una orientación más bien didáctica.

En efecto, el principal público de estos diccionarios enciclopédicos eran las mujeres que asistían a los salones, el principal ámbito de sociabilidad mundana de las clases altas francesas desde el fines del siglo XVII. A diferencia de los *clubs* ingleses o de los círculos burgueses que se consolidarían más adelante, a estos espacios concurrían tanto hombres como mujeres -de hecho, eran ellas las que organizaban las reuniones- que estaban en un pie de igualdad para participar en las discusiones (Agulhon, 2009: 59-63). Allí se trataban temas políticos, literarios y filosóficos y de hecho muchas de las grandes figuras intelectuales, como los mencionados *philosophes*, desplegaban allí sus ideas. El arte de la conversación de las mujeres consistía en buena medida en el manejo de ciertos conocimientos básicos sobre la el arte, las letras, la historia que les permitieran desenvolverse con facilidad entre hombres que habían recibido una educación formal que a ellas les era vedada (Dulong, 1993).

A los fines de este trabajo, la *Biographie universelle*, que tenía como objetivo la acumulación de una gran cantidad y diversidad de textos, permite apreciar como de Angelis, acuciado por dificultades económicas, ya lejos de la protección de su hermano o de las relaciones políticas que pudieran insertarlo en las instituciones estatales, encontró en la obra encargada por los Michaud la oportunidad de volcar todos las lecturas realizadas hasta entonces en una actividad lucrativa. El napolitano aprovechó todo lo que tuvo a mano: en sus entradas da cuenta de un manejo no sólo de la tradición literaria y artística italiana, sino también del repertorio de la tradición ilustrada e incluso parece aprovechar sus contactos con Orlov para escribir sobre

algunos de sus parientes -en el tomo XLIII incluye la biografía de su esposa, Anne Soticoﬀ y del padre de ésta, Iván Petrowich Soticoﬀ, militar ruso-.

Sobre el relato de vidas de italianos, de Angelis manifestó en una carta a su amigo Angelo Maria Ricci que uno de sus principales objetivos era dar a conocer “nuestros títulos de gloria a los extranjeros, que cuando no nos desprecian, nos tienen lástima”¹¹. El napolitano hacía uso de una noción, la de la existencia de los italianos, que había comenzado a circular en los últimos años del siglo XVIII, cuando surgió el mito de Italia como una nación unificada, idea que preparó el terreno para la ideología del Risorgimento. Son italianos, en efecto, gran mayoría de los biografiados por de Angelis, quien se encarga de destacar algunas de las grandes *glorias* de su tradición literaria, artística o científica, como Torquato Tasso, Salvator Rosa o el naturalista Lazzaro Spallanzani.

De Angelis da cuenta también de su conocimiento de personajes, principales textos y precursores de la tradición iluminista. Entre estos últimos, se encarga de la vida del filósofo holandés Baruch Spinoza. En esta biografía despliega su erudición reconstruyendo los principales argumentos del filósofo, su lucha contra la intolerancia religiosa y a favor de la libertad de pensamiento. De su herencia rescata sobre todo su pensamiento político, y, dentro de él, la afirmación de que no hay formas de gobierno mejores que otra, dado que cada pueblo debería mantener la propia. Llama la atención, por otro lado que en este bosquejo de la teoría política de Spinoza, donde se afirman la paz y el respeto de los derechos de los ciudadanos como objetivos centrales de un buen gobierno, el autor no menciona sin embargo la preferencia del filósofo por la democracia como forma más inclinada al respeto de la autonomía de los individuos y a ser guiada por la razón.

Otro de los personajes que de Angelis inscribe en el conjunto de los precursores del Iluminismo -aunque en este caso se trataría de uno mucho más distante en el tiempo- es Antonio Serra, un economista napolitano que vivió entre los siglos XVI y XVII y a quien el autor presenta como un difusor de ideas que aparecerán luego en Adam Smith y en la *Encyclopédie*. A este uso de la tradición ilustrada como forma de legitimar al personaje se agrega un diagnóstico de la situación napolitana que da cuenta de su filiación muratista: la de su atraso económico como consecuencia del yugo español, cuya mala administración sumía al país en la miseria.

¹¹ El original está en italiano: “i nostri titoli di gloria agli stranieri, che quando non ci disprezzano, ci compatiscono”. Cit. en Marani, 1987: 105. La traducción es mía.

En cuanto al Iluminismo propiamente dicho, de Angelis se dedica a trazar la biografía de aquellos pensadores del siglo XVIII que le resultaban más familiares, es decir, nuevamente, los italianos. Las biografías de Tartarotti, Tanucci y Tiraboschi permiten observar su identificación con los ideales de aquel movimiento que había intentado corregir el rumbo de una Italia que había sido la causa de los desvíos del autor por Europa. En estas entradas intenta una vez más destacar el aporte de los iluministas a las luces y al progreso de la humanidad y defiende su accionar.

Esta toma de posición es clara si se comparan las biografías de Tartarotti y Tanucci. El primero, que había iniciado en Italia un combate contra el *prejuicio* de la existencia de la brujería -marcando, según Venturi, el pasaje del racionalismo al iluminismo en la península (1972: 103)- no recibe más que elogios por parte del autor, quien sólo le critica un error que no podía ser dejado de lado: la defensa de la existencia de la magia que había realizado Tartarotti, luego criticada por Maffei y Carli, entre otros.

Tanucci, ministro de Carlos III en Nápoles, contra quien se había enfrentado nada menos que Genovesi, el fundador del movimiento en este reino, no recibe un trato tan amable. El artículo dedicado a este personaje se detiene, también, en una descripción de Nápoles a la llegada de Carlos III como un espacio signado por el atraso, que ofrecía un espectáculo “de lo más entristecedor”¹² (1826, t. XLIV: 518); allí el ejemplo de Giannone de nada habría valido para impulsar las reformas necesarias. El gobierno de Carlos III, cuya llegada a Nápoles había sido vista en efecto como un signo esperanzador, no habría logrado, según de Angelis, cambiar esta situación y en esto una responsabilidad muy grande le cabía a Tanucci. Esto se debía, por un lado, a su torpeza al introducir las reformas que pretendían minar el poder de los señores feudales y de la Iglesia - “estos golpes, dados aisladamente y sin ningún plan preparado, hicieron tambalearse al antiguo edificio sin sentar las bases del nuevo”¹³ (1826, t. XLIV: 518) -y a su descuido de la política exterior, así como al hecho de haber rodeado al sucesor de Carlos III de funcionarios mediocres-. El juicio sobre Tanucci es lapidario: “De cualquier lado que miremos esta larga carrera política de Tanucci, buscamos en vano aquello que ha podido servir

¹² “le plus affligé” (518), la traducción es mía.

¹³ “ces coups, frappés isolément et sans aucun plan combiné, ébranlerent l'ancien édifice sans poser les bases du nouveau” (518), la traducción es mía.

de fundamento de la alta reputación a la que ascendió mientras vivía”¹⁴ (1826, t. XLIV: 518). Y en esta crítica no tiene un lugar menor el hecho de que bajo su ministerio, Genovesi murió en la miseria, Giannone fue forzado a abandonar el reino .

Se ve así que de Angelis toma claramente partido por el legado iluminista, como también lo hace en la biografía de Girolamo Tiraboschi, uno de los seguidores del modelo historiográfico de Muratori, quien había introducido una radical innovación en el campo -en paralelo a la que tenía lugar en la jurisprudencia y la teología moral- al dejar atrás los comentarios sobre los hechos históricos que no se detenían en las fuentes. La historiografía iniciada por Muratori, en cambio, se basaba en la erudición, en la recopilación de conocimiento a partir de un estricto trabajo con documentos. A partir de su *Rerum Italicarum Scriptores* (1723-1738), se editaron diversas obras que siguieron su ejemplo, como las de Giovanni Mario Crescimbeni, Francesco Saverio Quadro y la del propio Tiraboschi. La historia de la literatura escrita por éste no merece sino elogios de parte de de Angelis, quien señala que este “monumento erigido por Tiraboschi para la gloria nacional es todavía el más completo sobre la historia de la literatura italiana”¹⁵ (1826, t. XLVI: 122).

Esta celebración de una obra de carácter erudito, presentada como un monumento a la nación italiana, es un indicio no sólo de la admiración que de Angelis sentía por el pasado iluminista de este país, sino también de sus preferencias en materia de historiografía. En efecto, en los años en que Muratori escribía sus obras, al sur de la península otro escritor, Vico planteaba un modelo distinto para entender el pasado, ya que no veía a la historia como una colección de datos eruditos, sino que la entendía como un proyecto providencial.

Por otro lado, la década de 1820 fue en Francia un momento de una hegemonía de la historia en los debates intelectuales. La renovación historiográfica de estos venía dada de la mano de las preocupaciones políticas de los jóvenes liberales como Barante, Guizot, Mignet, Thiers y Thierry, entre cuyas preocupaciones ocupaba un lugar principal la herencia de la Revolución Francesa. A la perspectiva contrarrevolucionaria de la historia como algo inmóvil, los liberales oponían la noción de movimiento histórico y de que la historia pasada engendra a la sociedad moderna. Rechazaban así tanto la idealización reaccionaria del pasado como su

¹⁴ “De quelque côté que l'on examine cette longue carrière politique de Tanucci, on cherche en vain ce qui a pu servir de fondement à la haute réputation à laquelle il s'éleva de son vivant” (518), la traducción es mía.

¹⁵ En el original: “monument élevé par Tiraboschi à la gloire nationale est encore ce qu'il y a de plus complet sur l'histoire de la littérature italienne”.

condena desde una perspectiva iluminista que entronara las luces y la razón del presente. En cambio, comprendían a la historia como un ejercicio de comprensión del pasado, que requería tanto de imaginación como de una base documental. Esta forma de entender a la disciplina la diferenciaba del campo más amplio de las letras y le otorgaba un estatuto de *ciencia*. En paralelo a este desarrollo, cobraba impulso hacia fines de la década la filosofía de la historia, sobre todo a partir de la traducción de Vico por Michelet y la de Herder por Quinet, ambas fomentadas por Cousin (Goblot: 1995, 262-304).

Uno de los lugares comunes de la historiografía sobre de Angelis es la adscripción del napolitano a las ideas de su compatriota Vico, que se habría encargado de difundir tanto en París -incluso presentándole la *Scienza Nuova* a Jules Michelet- como en el Río de la Plata. De hecho, de Angelis trabajó en una traducción al francés de la *Scienza nuova* -los manuscritos de esta traducción se hallan entre sus papeles del Archivo General de la Nación-, sin embargo, como se ha encargado de demostrar Sazbón, resulta difícil atribuirle el rol de difusor de la obra de aquel filósofo. Sazbón señala que la lectura de Vico por parte de Michelet respondía más bien al contexto intelectual parisino, donde la *Scienza nuova* había sido difundida tanto por autores franceses como por los italianos exiliados a fines del siglo XVIII. El intercambio entre de Angelis y el aún joven historiador se habría limitado en cambio a una recomendación de bibliografía sobre la filosofía viquiana, que el segundo le supo agradecer en el prefacio de su edición en francés de la *Scienza Nuova*, publicada en 1824 (Sazbón, 2002).

De lo que sí da cuenta este estudio de Vico es del bagaje de ideas con el que el napolitano llega a Buenos Aires. Lo cierto es que Vico es un personaje central del ambiente iluminista en el que se formó de Angelis. Como señala Venturi, si la filosofía de la historia se había vuelto una típica expresión de la cultura europea, la particular inflexión de los napolitanos en esta tendencia general fue el renacimiento de la obra de Vico, uno de cuyos emblemas fue la polémica entre Pierre Napoli Signorelli y Mario Pagano en la década de 1780: el primero sostenía una interpretación ortodoxa de la *Scienza Nuova*, mientras que el segundo, miembro de esa segunda generación de iluministas napolitanos, buscaba encontrar en la obra de Vico un nuevo lenguaje para incidir en discusiones contemporáneas, como la polémica contra el feudalismo. Pagano tendería hacia una visión cíclica y pesimista de la historia de Nápoles; así, el esquema de los *corsi e ricorsi* le serviría para demostrar la imposibilidad de un camino lineal de progreso en esas tierras (Venturi, 1972: 217-219). Quizás esta visión pesimista sea aquella de la que también

termine convencido de Angelis, luego de sus desengaños políticos en Italia y, más tarde, en el Río de la Plata. Lo que sí sabemos es que, en la polémica entre Pagano y Signorelli, tomó partido por el primero: en la biografía del segundo que escribió para el tomo XLII de la *Biographie Universelle* se muestra muy crítico de su obra y claramente ubica a Pagano en un plano superior, al señalar que Signorelli “había cometido el error de [atacar a Pagano] en sus obras”¹⁶ (1825, t. XLII: 334). Nuevamente, de Angelis toma partido por la tradición iluminista, aunque quizás en su veta más pesimista y desencantada.

Un nuevo destino: el Río de la Plata

Fue también en París donde de Angelis estableció otros dos contactos que serían tan fundamentales para su vida desde entonces. Por un lado, conoció a Melanie Dayet, la francesa con la que contrajo matrimonio en 1824, quien lo acompañaría en su aventura americana, desempeñándose en el nuevo continente como maestra en el colegio para señoritas fundado por de Angelis y José Joaquín de Mora. Pietro la habría conocido en la casa del Conde Orlov, ya que Melanie era *femme de chambre* de su esposa. Por otro lado, un contacto profesional: Rivadavia. De Angelis afirma haberlo conocido en Europa¹⁷, probablemente fuera a través de Héctor Varaigne, enviado por aquél para la contratación de profesionales europeos.

¿Por qué se decidió Pietro de Angelis a partir hacia un paraje tan lejano? Se han esgrimido diversas hipótesis al respecto. Por un lado, Weiss señaló que habría venido por verdadero convencimiento político que lo impulsaba a llevar a cabo sus ideales en una tierra aparentemente ajena a los influjos de la Restauración (1944: 68-69). Para Sabor, que encuentra esta conjetura “un exceso de optimismo o ingenuidad”, lo más probable es que de Angelis no vislumbrara un futuro promisorio en Europa y que tuviera otro incentivo en la prohibición que pesaba sobre su regreso a Nápoles (1995: 8)¹⁸. En la misma situación se hallaban en esos años otros exiliados italianos, como Carlo Zucchi, quien también se decidió a aceptar la oferta de Rivadavia. Curiosamente, estos exiliados partían hacia Buenos Aires en torno al año de 1826, precisamente cuando un joven de la elite porteña, Esteban Echeverría, realizaba el camino inverso: ese mismo año llegaba a París, donde residiría hasta 1830, para completar sus estudios.

¹⁶ En el original: “avait eu le tort d’attaquer [Pagano] dans ses ouvrages”.

¹⁷ Carta a Francisco Juanicó, Buenos Aires, 6 de febrero de 1827. Cit. en Sabor, p. 13.

¹⁸ Otra hipótesis de Sabor es que de Angelis frecuentó a Humboldt y Bonpland en París y que éste le habría retratado muy bien al Río de la Plata, de manera tal que influyó en su decisión de venir a Buenos Aires. En realidad, mientras de Angelis estuvo en París, Bonpland se hallaba en América, hacia donde partió en 1816.

Fernando Aliata atribuye un peso muy fuerte a la existencia en Buenos Aires de un sistema político liberal en la decisión de estos profesionales italianos de emprender el viaje (1998: 12). Se debe tener en cuenta que en el momento de la partida de de Angelis, la política de la monarquía francesa estaba tomando un cariz más reaccionario, sobre todo a partir de la asunción de Carlos X en 1824. Era esta, además, una década en general difícil para los círculos liberales franceses, que habían contado en un principio con el aval de Luis XVIII y su ministro Decazes, pero habían tenido que alejarse del gobierno desde que el asesinato del Duque de Berry había llevado a la hegemonía de los ultras.

Se puede pensar en una variedad de causas que, actuando en conjunto, impulsaron a de Angelis a viajar hacia Buenos Aires: el incentivo económico, la seguridad de contar con un contrato de trabajo establecido con un estado, el deseo de alejarse de la Europa de la Restauración, las dificultades para encontrar una actividad lucrativa en París, las promesas hechas por Varaigne y Rivadavia, incluso la curiosidad por conocer el Nuevo Mundo. De cualquier modo, en poco tiempo todos estos exiliados encontrarían en estas tierras el origen de nuevas dificultades.

II. Los primeros años en el Río de la Plata: entre Rivadavia y Rosas

El hombre que llegaba a Buenos Aires en 1827 había vivido en la Europa de la revolución francesa, las guerras napoleónicas y la Restauración, había estado en contacto con la intrincada política de esos años. Se había desempeñado como preceptor, bibliotecario, tipógrafo y diplomático al servicio de los monarcas italianos, había redactado artículos para diccionarios biográficos, demostrando un manejo de la herencia de la ilustración napolitana. Todas estas actividades conforman la experiencia que de Angelis trajo consigo y el conocimiento que debió poner en práctica para sobrevivir en un no menos inestable escenario americano.

En efecto, ya su arribo a Buenos Aires presentó complicaciones: el bloqueo impuesto por Brasil -en el marco de la guerra que mantenía con las Provincias Unidas desde 1825- mantuvo a de Angelis y Mora varados en Montevideo por lo menos algunas semanas, hasta que finalmente pudieron llegar a destino. Más allá de la coyuntura bélica, lo cierto es que en el Río de la Plata, desde la Revolución de 1810, se sucedían intentos de consolidar un orden político nuevo, cuya más reciente manifestación, a la llegada de de Angelis, había sido el Congreso reunido en 1824, responsable de la sanción de una Constitución en 1826 y del nombramiento, ese mismo año, de Bernardino Rivadavia como presidente, cargo que ocuparía muy brevemente.

La llegada del italiano a Buenos Aires debe ser entendida en el marco del fin del período de reformas que se llevaron a cabo en esta provincia desde que en 1820 cayera el poder central que la Constitución del año anterior había intentado establecer. La disolución del Directorio dio lugar a una organización basada en las soberanías provinciales; esto permitió a Buenos Aires concentrar su atención en la resolución de sus propios conflictos internos: la supresión de la carga económica que suponía hacerse cargo de la mayor parte de los costos administrativos del gobierno le reportó ventajas mayores, de las que supo sacar provecho el Partido del Orden. Este grupo, integrado por miembros de la clase política y de los grupos económicos dominantes, procuró alcanzar algún tipo de estabilidad al interior de la provincia, sin intentar ponerla a la cabeza de un orden nacional.

El Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del gobernador Martín Rodríguez y conspicuo representante de este grupo político, Bernardino Rivadavia, impulsó una serie de reformas que tenían como objetivo la modernización y centralización del estado, todavía

sostenido en un aparato institucional heredado de la colonia: fueron suprimidos el Cabildo y el Consulado de Comercio, y la Sala de Representantes adquirió el rango de Poder Legislativo, volviéndose un órgano central en esta década. El mismo impulso modernizador inspiró las reformas militar, eclesiástica y judicial, así como la ley electoral que instauró un sufragio amplio -para todo hombre libre mayor a 20 años- y el voto directo. Esta ley fue una respuesta pragmática al problema de la legitimación del poder surgido de la crisis del año '20: mediante la ampliación del sufragio se buscaba, por un lado, disciplinar la movilización popular urbana iniciada con la Revolución - que ahora encontraría una canalización por la vía de las urnas- y, al mismo tiempo, evitar que las elecciones fueran impugnadas por miembros de la élite política que aducieran su escasa representatividad (Ternavasio, 1998).

Por otro lado, el gobierno introdujo innovaciones en la esfera pública porteña: guiados por la idea de que el nuevo orden político republicano sólo podía legitimarse con el apoyo de la sociedad, pero atentos también al hecho de que no existía en Buenos Aires aún una sociedad civil del todo consolidada, los “rivadavianos” buscaron infundir en el conjunto de ciudadanos una serie de prácticas y valores modernos. El período de la llamada “feliz experiencia” se caracterizó por la fundación de asociaciones y academias, ámbitos que inculcarían un nuevo tipo de sociabilidad pública a las élites y fomentarían el desarrollo de las ciencias y las artes, al que también contribuirían el impulso dado a la Biblioteca Pública y la creación de la Universidad de Buenos Aires. Este tutelaje ejercido por el estado y sus agentes estaba dirigido tanto a la “plebe”, mediante espectáculos públicos como el teatro o las fiestas cívicas, como a las élites, en gran medida responsables de los conflictos políticos que habían sido una constante en los años previos.

Además, la publicidad cobraba un rol fundamental en este proyecto republicano, en tanto volvería legítimos a los actos de gobierno ante esa opinión pública que, al mismo tiempo, había que contribuir a formar. La ley de prensa de 1821 fue una pieza fundamental en este esquema, ya que incentivó el surgimiento de nuevos periódicos en Buenos Aires. Al escritor y al publicista les fue asignada la función de educar al público mediante la difusión de valores modernos, del mismo modo en que se lo hacía mediante las nuevas prácticas de sociabilidad.

Como señala Myers, el “rivadavianismo” no fue sólo un círculo político -cuyo predominio, por otra parte, fue oscilante- sino también un movimiento cultural omnipresente durante toda la década, que llevó a cabo programáticamente una serie de iniciativas orientadas a

la transformación de la sociedad desde una perspectiva ilustrada, que tenía un antecedente directo en el reformismo español, pero que también se nutría de nuevas ideas, como el utilitarismo y el liberalismo doctrinario (1998a: 32-34).

Primeros escritos, primeros inconvenientes

La contratación de de Angelis para la redacción de dos periódicos, *El Conciliador* y *La Crónica política y literaria de Buenos Aires*, debe ser entendida en relación con este proyecto cultural y político rivadaviano. Las primeras incursiones de de Angelis en el periodismo serían, sin embargo, efímeras: del primer periódico sólo se llegó a publicar un número en mayo de 1827 y el segundo se editó unos meses, entre marzo y octubre de ese mismo año. Su compañero en estas publicaciones fue el español José Joaquín de Mora, quien había debido sortear, como de Angelis, los obstáculos presentados por la Restauración: derrotados los constitucionalistas españoles -entre los que se contaba- por las tropas francesas en 1823, emigró a Londres, donde entró en contacto con Rivadavia, quien lo contrató para trabajar como publicista en el Río de la Plata.

La *Crónica política y literaria de Buenos Aires*¹⁹ fue un periódico oficioso, de los tantos que circularon en esos años, como *El Argos de Buenos Ayres*, *La Gaceta Mercantil* o *El Argentino*. La publicación contaba con tres secciones fijas: “Noticias exteriores” -en general europeas, un campo en el que los redactores podían manejarse con soltura, al haber conocido de cerca aquel escenario-, “Noticias nacionales” y “Variedades”, donde se publicaban breves notas de color, reseñas y discusiones. En su carácter de periódico oficial, *La Crónica* dio a conocer documentos como partes de guerra, comunicados de las autoridades, resúmenes de las discusiones en la Sala de Representantes, proyectos de ley o decretos, contribuyendo así al principio de publicidad de los actos de gobierno.

El carácter a la vez oficial y partidario del periódico se manifestó no sólo en las alabanzas explícitas al entonces presidente -por ejemplo, en la noticia que dio a conocer la creación de un Gabinete de Física Experimental a cargo de Pietro Carta Molino (9/6/1827)- sino también en las ideas esgrimidas en los artículos de opinión, reseñas y semblanzas biográficas del periódico, que

¹⁹ El modesto análisis que realizo en estas páginas se basa en unos pocos números -dieciocho en total- del periódico, ya que fueron los únicos localizados en bibliotecas nacionales. Pese a contar con pocos ejemplares, se trata de números discontinuos, es decir, que fueron publicados en distintos momentos de esos ocho meses en que se editó el diario y, por ende dan una muestra del tono que mantuvo su discurso aún cuando ya no estaba en el poder el hombre que había, de alguna manera, inspirado la empresa, Bernardino Rivadavia, quien renunció a la presidencia el 27 de junio de 1827.

daban cuenta de su adscripción a un ideario ilustrado y el apoyo a los proyectos políticos esgrimidos en esos años por el círculo de los partidarios de Rivadavia. Así puede entenderse la alabanza a la Sociedad de Beneficencia por su influjo favorecedor de la difusión de buenas costumbres en la sociedad, condición fundamental para lograr la felicidad de un pueblo (21/4/1827), pero también la presencia continua de una serie de temas que fueron dominantes en el periódico, incluso cuando este fue publicado bajo el gobierno de Vicente López y Planes y, una vez disuelta la Presidencia, el de Dorrego.

La guerra con el Brasil ocupó, desde ya, un lugar central. El conflicto fue presentado, como sucedía entonces en otras publicaciones (Pimenta: 2011), como un conflicto entre una monarquía y un “estado libre”, entre dos formas diferentes de entender la soberanía (3/5/1827), pero también dos formas de entender la disputa política, ya que el gobierno de don Pedro era presentado como el de un monarca absoluto, que buscaba continuamente acallar el disenso: “¿Puede decirse que están bien en los labios de un monarca constitucional las palabras *todos aquellos que no piensan de la misma manera que yo son disfrazados monstruos?*” (9/6/1827). Para los redactores de *La Crónica*, la intolerancia política de los regímenes monárquicos de Brasil y Europa, particularmente España y Portugal, planteaba una diferencia insalvable con el Río de la Plata. En efecto, son una constante en el periódico las noticias sobre el viejo continente, que aparece retratado como sede del absolutismo, de la arbitrariedad de los monarcas unificados bajo la Santa Alianza. Esta matriz, que tiende a asociar a Europa con los perjuicios de la Restauración, no sólo era común en el discurso republicano rioplatense desde la independencia, sino que era también un ideario al que adscribían los editores del periódico, quienes habían sido víctimas de las prohibiciones instauradas por las monarquías europeas luego de la caída de Napoleón. España, por ejemplo, es descrita como la “nación monárquica por antonomasia” en una anécdota acerca del maltrato que Fernando VII acostumbraba ejercer sobre sus servidores (4/9/1827).

El mismo argumento es utilizado para atacar a Europa y Brasil por igual: en ambos casos se trata de regímenes monárquicos absolutos, que no toleran la oposición. Pero la acusación de despotismo podía extenderse también a regímenes no monárquicos, como sucedió con el gobierno de Sucre en la recién creada Bolivia, caracterizado también como un “déspota” por la concentración de poder que detentaría en tanto Presidente. Es esta acumulación del poder en el Ejecutivo lo que parece ser el centro de la crítica y lo que da origen a las arbitrariedades que

caracterizan, según el periódico, a todos estos gobiernos, una de cuyas manifestaciones más frecuentes sería la intolerancia: “¿Hemos de sacrificar nuestra razón, el testimonio de nuestros sentidos, à (sic) lo que otro nos dice, no más que porque lo dice? Esto es volver a la antigua esclavitud y nivelarnos con estos rebaños Europeos (sic), de quienes hacemos tanta mofa” (9/6/1827). Este tipo de gobierno unipersonal era entonces asociado a la esclavitud, que, como se verá más adelante, también era una imagen utilizada para referirse a la relación entre América y España durante el período colonial, época de la *tiranía*.

Si la tiranía caracterizaba a los gobiernos monárquicos personalistas, la anarquía, por otro lado, era asociada al federalismo. La crítica a este sistema de gobierno también es una constante en el periódico, tanto cuando parece estar siendo contemplado en Chile (12/5/1827) o en Brasil, para resolver el problema del status de la Banda Oriental (10/9/1827), como ante el rechazo por parte de las provincias de la Constitución de 1826, ya durante la presidencia de Vicente Fidel López. *La Crónica* impugnó este hecho: luego de transcribir el “Proyecto de Confederación” suscripto por Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Santiago del Estero, Salta, Mendoza, San Juan, San Luis y la Banda Oriental, defiende a la provincia de Buenos Aires, víctima del “odio injustificado” de las otras provincias, y ataca a las provincias, que no contribuyen a la unificación: “El espíritu de partido es el que todavía impera en nuestras provincias, y no hai (sic) ejemplo de que los partidos sepan abstenerse de descarríos y excesos” (13/8/1827). Los problemas en la política parecen provenir tanto de la extrema concentración del poder, como de su excesiva disgregación.

Finalmente, la reforma legal, que tenía uno de sus mayores antecedentes en el pensamiento de Beccaria y su *De los delitos y las penas*, fue otro tema recurrente en el periódico, donde se llamó la atención de las autoridades sobre la necesidad de modificar el sistema de justicia penal, ya que en esta área los procedimientos se hallaban “en el mismo pié tenebroso, inquisitorial y arbitrario que en los tiempos de la tiranía metropolitana” (28/4/1827). Desde las páginas de *La Crónica* fue denunciado el estado deplorable de las cárceles, un “atentado à (sic) la llibertad individual de los ciudadanos” (19/6/1827), se defendió el sistema de juicios por jurados (12/5/1827) y se propuso la reforma del código penal, impulsado en otras partes del mundo pero todavía no en América (5/9/1827). La vertiente más humanitarista del Iluminismo se hacía también presente en este periódico de dos emigrados europeos en Buenos Aires.

En cuanto al otro periódico dirigido por Mora y de Angelis, *El Conciliador*²⁰ -cuyo título, por otra parte, parece dar cuenta de un intento de favorecer el aplacamiento de las discordias que en esos años volvían a caracterizar la política rioplatense- su único número, del 1° de mayo de 1827, estuvo dedicado al esbozo de un “Ensayo histórico y político sobre las provincias del Río de la Plata, desde el 25 de mayo de 1810” -que, pese a lo que indica el título, finaliza con el relato de la formación de la “Junta ejecutiva” en 1810- y a tres reseñas. En estos textos vuelven a aparecer algunos de los tópicos analizados para *La Crónica*. Por ejemplo, en el juicio que dedican los escritores al “Proyecto de constitución. Para la República de Bolivia y discurso del Libertador”, nuevamente surge la crítica al modo en que se había organizado el poder en Bolivia, que tendría como “consecuencia inevitable el establecimiento del poder absoluto en la persona del presidente” (1/5/1827, 35). También se establece en esta publicación la oposición entre la libertad americana y la arbitrariedad de los monarcas europeos -pese a la juventud de los primeros y su falta de cohesión política-, así como la presentación del periodismo como un vehículo de la ilustración de sus lectores, uno de los presupuestos básicos, como ha sido señalado, del llamado “rivadavianismo”: “En la desagradable faena que hemos emprendido, nuestro objeto es ser útiles, y creemos que el mejor modo de conseguirlo es indicar los escollos en que pueden naufragar las naciones, cuando se dejan conducir por pilotos inespertos (sic)” (1/5/1827, 35). En este caso, parece plantearse que su papel docente se ejercería no sólo sobre los lectores, sino incluso sobre los mismos gobernantes.

Quizás lo más llamativo de este periódico sea el esbozo histórico de la Revolución de 1810, una materia novedosa para Mora y de Angelis, pero que en el Río de la Plata ya operaba como mito fundacional para la todavía poco definida identidad nacional. El escrito se insertaba en una serie de representaciones de Mayo que habían comenzado a forjarse en los años que siguieron inmediatamente al episodio revolucionario y que continuaban vigentes al momento de la llegada de los dos europeos. Como ha señalado Wasserman, estaba muy difundida la idea de la Revolución como un cambio abrupto respecto del pasado colonial (2008b: 49), planteo que apareció en *El Conciliador*, donde la Revolución fue presentada como la ruptura de América con un régimen colonial entendido como una sujeción servil: “catorce millones de habitantes sacudían sus cadenas, para colocarse en el número de las naciones civilizadas” (1/5/1827, 1). Lo que antes había sido el “teatro de las crueldades de Cortés y de Pizarro” (1/5/1827, 1) pasaba a

²⁰ El periódico sólo contó con un número. El número de página de las citas se indicará entre paréntesis.

ser el escenario de un gobierno “liberal” (1/5/1827, 16) como el que se había instalado en Buenos Aires con la Junta de 1810, que había permitido a la opinión pública, antes acallada, dotarse de un órgano para su libre expresión, *La Gaceta de Buenos Aires* (1/5/1827, 8); había hecho al “pueblo” partícipe de la nueva situación política, sacándolo de su tradicional posición de “espectador indiferente” (1/5/1827, 16); y, mediante la sanción de la libertad de imprenta, por otro lado, había sentado las bases para “combatir la ignorancia” de la población (1/5/1827, 17).

Por otro lado, si el relato histórico sobre la Revolución se iniciaba con una referencia a las abdicaciones de Bayona como el punto de origen de todo el proceso independentista, también presentaba, para el caso porteño, a las invasiones inglesas como aquellas que habrían dado origen a los planes de separación de España. Según esta interpretación, los revolucionarios, pese a haber tenido una intención de ruptura con España desde un principio, habrían hecho bien al no apresurarse en declarar la independencia ya que “hubiera sido imprudente derrocar el antiguo edificio antes de echar los cimientos del que debía reemplazarlo” (1/5/1827, 16). El texto presentaba la típica tensión, señalada también por Wasserman, entre una interpretación de los actores involucrados como agentes del proceso revolucionario y una que ubicaba el origen de éste en la crisis de la monarquía española (2008b: 50-51).

Más allá de destacar las coincidencias entre el discurso de Mora y de Angelis y aquellos otros que circulaban entonces en Buenos Aires, se puede observar la continuidad que estos periódicos mantenían con el ideario iluminista que funcionaba como una referencia fundamental para los escritos de de Angelis del período europeo, en tópicos como el rechazo de las arbitrariedades del gobierno o la celebración de la imprenta como un elemento de educación de la sociedad y lucha contra sus prejuicios tradicionales. Por otro lado, la representación del dominio colonial español como una “humillante esclavitud” que nada podía hacer por la felicidad del pueblo ya estaba presente en la *Biographie universelle*, así como en la biografía de Bernard Tanucci analizada en el capítulo anterior. El rechazo del dominio colonial, particularmente el español, fruto del origen napolitano de de Angelis, confluyó con una forma de representar la Revolución que ya circulaba en el espacio bonaerense. En estos primeros meses en Buenos Aires, el letrado parece haber podido usufructuar su bagaje cultural, que encontró una recepción favorable dentro del proyecto rivadaviano.

Sin embargo, pronto el contexto político rioplatense hizo sentir su inestabilidad: si bien *La Crónica* continuó publicándose luego de la renuncia de Rivadavia, los gobiernos de López y

Planes y de Dorrego no reconocieron el contrato firmado por Mora y de Angelis, quienes debieron ingeniárselas para encontrar un nuevo medio de subsistencia. Recurrieron entonces a una actividad que, por lo menos para el segundo, resultaba familiar: la enseñanza. Ya en 1827, su esposa, Melanie Dayet, junto con la de Mora, Françoise Delauneux, habían fundado el Colegio Argentino, de mujeres; en 1828, sus maridos inauguraron el Ateneo, una especie de preparatoria para el ingreso a la universidad; ese mismo año, de Angelis, por su cuenta, fundó una Escuela Lancasteriana (Sabor, 1995: 21).

Al fundar un colegio con este nombre, de Angelis estaba aprovechando la vasta difusión que el sistema lancasteriano había tenido en Buenos Aires para ese momento. El primer establecimiento fundado en esta ciudad data de 1819 y fue dirigido por el pastor escocés Diego Thompson. De todos modos, al arribar este precursor, el sistema resultaba familiar para los habitantes de Buenos Aires, ya que había sido ampliamente tratado por la prensa en la década precedente. El principal atractivo de este método de enseñanza -ideado por Lancaster en 1805, sobre la base del sistema de Bell, de fines del siglo XVIII- consistía en el aprovechamiento de los alumnos más avanzados para servir de asistentes en la instrucción de los más jóvenes, circunstancia particularmente beneficiosa para una ciudad con pocos maestros y, por lo menos durante la década de 1810, pocos recursos para atender esta necesidad (Urquiza Almandoz, 1972: 70-73). Por su parte, en el prospecto publicado el 1° de agosto de 1828 en *La Gaceta Mercantil*, de Angelis señala otras virtudes del sistema: la enseñanza como un entretenimiento y la supresión del castigo físico. El intento de volcarse a la actividad docente, sin embargo, resultó un nuevo fracaso: ninguno de los colegios se mantuvo en pie por más de un año.

A estos nuevos reveses contribuyeron no sólo problemas personales -de Angelis y Mora se distanciaban, mientras que ambos tenían conflictos con uno de sus empleados, Curel- sino también las particulares circunstancias que atravesaba la provincia de Buenos Aires, donde se aceleran las disputas internas que producían, en pocos años, sucesivos traspasos de mando: luego de la caída del poder central, había asumido el gobierno de la provincia de Buenos Aires el líder de la facción popular porteña, Manuel Dorrego, derrocado en poco más de un año por Lavalle, quien a su vez debió pactar con Rosas para ceder el mando a Viamonte, bajo cuyo gobierno fue elegido el mismo Rosas, en 1829.

En menos de tres años que el napolitano había pasado en Buenos Aires, el panorama político había cambiado drásticamente. Si la llegada de de Angelis se había dado en el contexto

de la ya problemática e inestable presidencia de Rivadavia, que debía afrontar una costosa guerra con el Brasil, su caída había dado lugar a otros gobiernos no menos inestables, signados por los descontentos producidos por la guerra, los enfrentamientos entre unitarios y federales y entre provincias, y la movilización de los sectores bajos rurales. En este contexto de incertezas, las elecciones de Mora y de Angelis divergieron: el primero partió pronto a Chile, donde se hallaba ya en 1828 contratado por el presidente Pinto. Allí residió hasta 1831 y luego se radicó en Perú y en Bolivia, para retornar a España en 1838. La estadía de de Angelis en Buenos Aires, en cambio, se prolongó unos cuantos años más. Su paulatino acercamiento a la facción federal, que ahora parecía encumbrarse, le permitió encontrar un lugar dentro del renovado escenario porteño.

Primeros acercamientos al rosismo

Poco antes del ascenso de Rosas al gobierno de Buenos Aires, de Angelis ya estaba trabajando en dos periódicos de signo federal: durante 1829 colaboró en *La Gaceta Mercantil*, hasta que ese año fundó, por iniciativa de Viamonte, por entonces gobernador, *El Lucero*, editado hasta julio de 1833. En 1830 publicó dos biografías, una de Estanislao López, entonces gobernador de Santa Fe, y otra de Rosas, destinadas a enaltecer a estas dos figuras ante la opinión pública²¹ y durante algunos meses de 1831, un periódico político y literario en francés, *Le Flaneur*, también favorable al gobierno de Rosas.

La situación económica de de Angelis mejoraba, a su vez, con el arrendamiento de la Imprenta del Estado en 1831 y la adquisición de la Imprenta de la Independencia en 1832: retomaba así una actividad que ya había desempeñado en Nápoles, donde había trabajado al servicio de la Imprenta del Estado Mayor. Como sucediera pocos años antes con sus empresas educativas, de Angelis echaba mano de la experiencia ganada en Europa para sostenerse en el Río de la Plata. La actividad editorial, sin embargo, resultaría más estable y le permitiría alcanzar una posición más sólida ya que, por un lado, la Imprenta del Estado, si no tenía en los hechos el monopolio de las impresiones del estado, se encargaba de una gran parte de ese trabajo; por otra parte, el manejo de estas imprentas le permitiría ganar un mayor ascendente sobre la esfera cultural porteña de la década de 1830: fue allí que imprimió la mayoría de sus textos, incluyendo

²¹ Se trata de las *Noticias biográficas del Exmo. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Santa Fé Brigadier D. Estanislao López* y del *Ensayo histórico sobre la vida del Exmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires*. Ambas circularon en forma anónima.

su obra más ambiciosa, la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*.

Si entre 1829 y 1832 se había manifestado favorable al gobierno del Restaurador de las Leyes, durante su *interregnum* entre 1832 y 1835 de Angelis mantuvo contactos con diversos sectores del federalismo ahora hegemónico. Por un lado, fue el redactor del célebre *El Restaurador de las Leyes*, que tomaría partido por Rosas en las polémicas que en 1833, durante el gobierno de Balcarce, mantuvieron apostólicos y cismáticos por medio de la prensa. Las tensiones de este debate culminaron, como es sabido, con un juicio a varios de los periódicos involucrados y el equívoco provocado por el anuncio del juicio al *Restaurador de las leyes* dio origen a la rebelión que precipitó la caída de Balcarce. Durante el gobierno de su sucesor, Viamonte, de Angelis volvió a poner sus habilidades al servicio del estado con un nuevo periódico oficial, *El Monitor*, que dejó de editarse cuando el gobernador siguiente, Maza, canceló la suscripción del estado. También se encargó, a pedido de Viamonte, de la redacción de una *Memoria sobre el estado de la hacienda pública*: nuevamente una obra destinada a dar realce a la imagen de una personalidad pública, en este caso el gobernador, ante la opinión. Se trata de una tarea que ocuparía a de Angelis durante varios años mientras viviera en el Río de la Plata.

Ya entre fines de la década de 1820 y principios de la de 1830, de Angelis se muestra preocupado por encontrar no sólo un sustento económico sino también un aval político que le permitiera alcanzar una posición más segura en el inestable escenario rioplatense de esos años. Un sentimiento de inseguridad estaba presente incluso antes de que los conflictos del Río de la Plata impactaran sobre sus primeras empresas periodísticas, como lo muestra una carta a Carlo Zucchi, con fecha del 15 de abril de 1827, en la que de Angelis expresaba ya las inquietudes que le generaba el el escenario porteño: “Siento no poder decirte nada cierto ni positivo: pero los tiempos son inciertos y precarios para todos; y tres cuartos de nuestro destino están abandonados a las manos del destino”²².

Si no fue solamente un móvil económico lo que llevó a de Angelis a aceptar estos trabajos, sin duda este factor estuvo presente: luego de la clausura de sus primeros periódicos y de los infructuosos intentos de dedicarse a la docencia, de Angelis alcanzaba poco a poco mayor estabilidad económica. También es probable que, como muchos sectores de la opinión pública

²² Cit. en Badini. La traducción al español es mía.

porteña en esos años, de Angelis viera en Rosas no al *tirano* que luego denunciarían los opositores, sino precisamente al Restaurador de las Leyes, a un personaje que podía poner orden en la anárquica realidad americana. Se debe tener en cuenta que en 1832 el Poder Legislativo desestimó el pedido de Rosas de contar con la suma del poder público: la Sala de Representantes seguía siendo una fuerza política capaz de oponer resistencia a sus intentos de concentración del poder; además, todavía no habían tenido lugar los episodios de terror que marcarían a la figura de Rosas durante su segundo gobierno.

Pero hacia 1834 de Angelis se hallaba lejos de ocupar ese lugar: su acercamiento al rosismo convivía por ese entonces con el contacto con otros sectores del federalismo. El último número de *El Lucero*, publicado el 31 de julio de 1833, da cuenta de esta ambigüedad de de Angelis a la hora de manifestar sus apoyos a la causa federal: allí defiende al “Gobierno provisorio del Sr. General Viamont (sic), la dictadura del Sr. Brigadier Rosas, y el actual régimen constitucional del Sr. Brigadier Balcarce”, es decir, los tres gobiernos bajo cuya égida había sido publicado el periódico. Bajo estos tres gobiernos por igual, el periódico había buscado defender “los principios de orden, de moderación y de una sabia libertad”. De Angelis mantenía abiertas sus posibilidades de ganar el apoyo del gobierno cualquiera fuera el desenlace de las luchas políticas de esos años y es por eso que su acercamiento a Rosas era todavía prudente. Su posición dentro del federalismo, por otro lado, tampoco era indiscutida, como lo demuestra la acusación de Luis Pérez -editor de *El Gaucho Restaurador*, uno de los exponentes de la prensa popular rosista- de no defender con suficiente empeño la causa del Restaurador, a la que de Angelis respondió en su *Contestación del editor del Monitor al Gaucho Restaurador*, un breve panfleto publicado en 1834 en el que hacía hincapié en el principio de moderación que debía seguir la prensa periódica.

La constatación de esta posición ambigua de de Angelis en relación con el rosismo permite matizar la cronología establecida por Sabor para dividir su actividad periodística: la caracterización de la etapa que se inicia en 1829 como “rosista” esconde la existencia de una sustantiva continuidad entre las ideas enarboladas por este publicista a lo largo de todos estos años -como se intentará mostrar en el capítulo siguiente- así como el hecho de que de Angelis no sólo mantuvo trato con la facción rosista. Pretender que este personaje pudiera saber de antemano que Rosas volvería a tomar el poder y lo mantendría por casi veinte años sería otorgarle una clarividencia que no podría haber tenido. Que el futuro político de la provincia era

incierto lo demuestra, por otro lado, la divergencia entre las elecciones de los letrados europeos que habían llegado, como de Angelis, contratados por Rivadavia. Se ha señalado ya, por ejemplo, que Mora partió poco después de la caída de la Presidencia; también debe mencionarse otro grupo de inmigrantes que llegaron atraídos por las oportunidades que ofrecía el proyecto rivadaviano, los *esuli*, provenientes de la península itálica.

Los *esuli* en Buenos Aires

Pietro de Angelis no fue el primero ni el último de los letrados italianos que desembarcaron en el Río de la Plata en esos años. A fines de la década de 1820, en efecto, fueron varios los italianos exiliados en Europa a los que Rivadavia contrató para contribuir en su proyecto de elevación cultural y formación de una ciudadanía política a través de diversas labores educativas, periodísticas y de gestión. Como se ha encargado de señalar Devoto, a diferencia de los inmigrantes italianos que llegaban en ese momento -una cantidad mucho menor a la que décadas después conocería la Argentina- estos letrados, designados con el término *esuli*, eran personas a quienes razones políticas habían obligado a desplazarse, aunque entre sus motivos para emigrar hacia el Río de la Plata contaban también los de tipo profesional, y en este sentido no resulta un dato menor que los letrados viniesen ya con un contrato de trabajo firmado (2008: 48).

Los italianos que llegaron en la década de 1820 se diferenciaron también de los que llegarían en las de 1830 y 1840 al Río de la Plata, como Cuneo y Garibaldi, involucrados en las luchas políticas del Risorgimento lideradas por la *Giovane Italia* e imbuidos de una identidad nacional mucho más consolidada. La llegada de los más jóvenes también se vio motivada por la búsqueda de oportunidades laborales, aunque, a diferencia de sus predecesores, se comprometieron en los conflictos políticos locales, y tomaron partido por los opositores a Rosas, con quienes compartieron su experiencia de exiliados en Montevideo. El contraste más notorio entre los italianos viejos y los jóvenes residió precisamente en que los primeros no tuvieron una identidad o empresa común que los unificara: habían elegido el Río de la Plata como destino a donde ir a realizar sus proyectos individuales (Devoto, 2008: 49-52).

También fueron diversos los caminos emprendidos ante el advenimiento del rosismo hacia 1829, como el del ingeniero Carlo Pellegrini -padre del quien sería presidente de la Argentina en las postimetrías del siglo XIX-. Nacido en la Suiza italiana, en ese momento parte

del reino de Piamonte y Cerdeña, emigró primero a Francia luego de su participación en los alzamientos de 1821. Allí finalizó sus estudios y fue contratado como ingeniero para el Departamento de Obras Públicas de Buenos Aires. La llegada de Rosas al poder lo encontró dedicándose sobre todo a la litografía, tarea que le permitió sustentarse por lo menos hasta fines de la década de 1830, cuando se trasladó junto a su familia a una estancia en la provincia de Buenos Aires. Por su parte, el médico Pietro Carta Molino, también involucrado en el alzamiento piamontés de 1821, fue contratado por Rivadavia para organizar la cátedra de Física Experimental en la Universidad de Buenos Aires, pero renunció ante la caída de la presidencia y se dedicó a la medicina hasta su muerte en 1849. Su reemplazo al frente de la cátedra fue otro piamontés, Ottavio Fabrizio Mossoti, graduado en física y matemáticas, quien llegó a Buenos Aires en 1827, fue nombrado ingeniero del Departamento Topográfico recientemente creado, instaló en esta ciudad el primer observatorio astronómico y un gabinete meteorológico, y finalmente regresó a Italia hacia 1835.

Similar sería la trayectoria del arquitecto Carlo Zucchi, también piamontés. Así como de Angelis apoyó la intervención francesa en el Reino de Nápoles, Zucchi fue partidario del gobierno napoleónico instaurado en el norte de la península itálica, la República Cisalpina. Apresado en 1822 por su participación en actividades conspirativas, logró conmutar su pena por el exilio en París. En 1826 llegó a Montevideo, entonces bajo el poder de Brasil, y fue empleado por el gobierno para la realización de unas pocas obras menores. Al año siguiente arribó a Buenos Aires, donde realizó algunos encargos privados, y en 1828 fue empleado por el Departamento de Ingenieros Arquitectos ya bajo el gobierno de Dorrego. Allí continuó trabajando bajo el gobierno de Rosas, desempeñándose como director entre 1831 y 1836, donde tuvo un rol preponderante en la elaboración de arquitecturas efímeras -utilizadas en celebraciones públicas- que tuvieron un papel central en la estrategia propagandística del rosismo (Munilla Lacasa, 2010: 199). Poco después de iniciado el segundo gobierno de Rosas, sin embargo, Zucchi renunció a su cargo y partió, primero a Montevideo, donde fue empleado por el gobierno de Oribe y luego a Brasil, para retornar finalmente a Reggio Emilia, su ciudad de origen, donde murió en 1849.

El recorrido de Zucchi permite establecer una comparación con el de Angelis, su amigo mientras vivió en Sudamérica. En primer lugar, las similitudes: ambos habían pasado por el mismo tipo de conflictos políticos en Italia, al oponerse a los gobiernos monárquicos a

principios de la década de 1820; los dos lograron también acomodarse ante la llegada de Rosas al poder y prestaron sus conocimientos al desarrollo de una propaganda política favorable a su gobierno. Como señala Aliata, el manejo que Zucchi tenía del estilo del Neoclasicismo y de sus valores evocativos le permitieron “ofrecer los elementos iconográficos necesarios para las reafirmaciones de un credo que la nueva república necesita construir sobre el *continuum* de luchas fratricidas que constituyen su realidad cotidiana” (1998: 21). Sin embargo, el arquitecto no permaneció en Buenos Aires tanto tiempo como de Angelis. Probablemente contribuyera a esta decisión la falta de iniciativas arquitectónicas del rosismo, el desarrollo técnico de la ciudad -que no estaba a la altura de sus proyectos de edificios institucionales- e incluso su carácter, que le volvió difícil establecer vínculos que defendieran su trabajo (Aliata: 1998), rasgo que lo acercaba a su compatriota Pietro. Zucchi no logró construir en Buenos Aires ninguno de los edificios proyectados, que permanecieron en los planos que el arquitecto en vano intentaría publicar.

De cualquier modo, pese a que su estadía en Buenos Aires fue menos exitosa que la de de Angelis -quien sí logró permanecer aquí y ser empleado por el gobierno de Rosas hasta su caída en 1852-, la partida de Zucchi no parece haber sido guiada por un rechazo a la mayor gravitación del federalismo en Buenos Aires. La permanencia de estos dos italianos en el país parece haber estado condicionada, en parte, por sus posibilidades de desarrollo profesional: si para ambos la primera mitad de la década de 1830 fue un período de relativa estabilidad económica, posteriormente el panorama se fue complicando para Zucchi, dado que sus habilidades no encontraban, como se ha señalado, un medio propicio para desenvolverse. Fue probablemente ésto y no un rechazo ideológico del gobierno de Rosas lo que impulsó al arquitecto a abandonar la ciudad.

¿Se debe entonces concluir que para estos dos exiliados italianos, que habían formado parte de las revueltas liberales de principios de 1820, no resultó en absoluto extraño prestar sus servicios al gobierno de Rosas? Su evaluación de este gobernante quizás haya sido más benéfica que la de una mirada retrospectiva que tiende a ver bajo la misma luz a todo el período de la dominación rosita. Pero no sólo fue la cronología lo que favoreció el acercamiento de estos *esuli* al aparato de propaganda del nuevo gobierno: una década más tarde, Sarmiento descubriría horrorizado en París la visión positiva que Guizot tenía del gobierno de Rosas. A través de su conversación con M. Dessage -“Este funcionario es el ojo con el que Guizot ve la cuestión del

Plata” (1993: 106)- el letrado sanjuanino vino a enterarse de que, en Francia, Rosas era tenido como un equivalente de Luis Felipe, es decir, el líder de un partido moderado, representante de la pequeña burguesía de Buenos Aires. Esta opinión quizás haga más comprensible la perspectiva de Pietro de Angelis, muratista y carbonario en Nápoles, luego cercano a esos círculos liberales en París que apoyaron a la monarquía de Julio. Como se intentará demostrar en el capítulo siguiente, los escritos de de Angelis de la década de 1830 llevan todavía la impronta de su contacto con el *milieu* intelectual parisino de la década de 1820.

III. Un letrado en el “infinito teatro de interminables disensiones civiles”

El tránsito de de Angelis hacia las filas del rosismo -con las ambigüedades que han sido señaladas- se vuelve menos una decisión excepcional de un individuo venal si se considera a otro grupo en cuyo marco puede ser comprendido el accionar de este letrado. Se trata de una fracción dentro del conjunto de los periodistas “cultos” del rosismo descritos por Myers (2002: 36-37). En este subgrupo se encontraban figuras como Manuel García y Vicente López y Planes -una figura que se caracterizó por su capacidad de adaptarse a diversas coyunturas políticas: presidente en 1827, incluso lograría el aval de la coalición vencedora en Caseros. Ninguno de ellos había mantenido una muy buena relación con Rivadavia y ante el derrumbe de su autoridad en el Río de la Plata lograron encontrar un lugar bajo la nueva hegemonía federal.

La adscripción al rosismo continuó siendo una opción para los sectores letrados de Buenos Aires incluso ya avanzada la década de 1830. Los miembros de la Generación del ‘37, -conformada a partir de un original rechazo de la filosofía “materialista” y los valores estéticos neoclásicos de la generación rivadaviana- no vieron en principio en el rosismo un obstáculo para la consecución de su programa intelectual. Algunos de estos jóvenes incluso aspiraron a convertirse en los “consejeros del príncipe”, esperanza que Rosas en poco tiempo destruiría. El caso más emblemático sea quizás el de Alberdi, quien incluso en el exilio dedicó varios de sus textos a alabar al gobernador bonaerense²³. Por otro lado, Marcos Sastre, montevidiano organizador del famoso salón literario que dio entidad a la generación romántica, permaneció en la ciudad aún luego de que éste fuera clausurado. Aún más, se mostró un ferviente partidario del rosismo (Weinberg, 1977: 55-56).

La conversión política de de Angelis, señalada por varios autores como una mancha en su biografía, fue más bien el resultado de una elección individual: era una posibilidad concreta en ese momento, para las nuevas generaciones de intelectuales, pero también para quienes habían prestado su pluma al gobierno de Rivadavia. Ahora bien, ¿cómo se produce este pasaje? ¿Qué

²³ En su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, escrito en 1838, Alberdi defendía al gobernador de la provincia y no ahorra halagos para referirse a él: “cuantas veces se ha dicho que el poder del Sr. Rosas no tiene límites, se ha despojado, aunque de buena fe, a este ilustre personaje del título glorioso de Restaurador de las Leyes: porque no siendo otra cosa las leyes que la razón o el derecho, restaurar las leyes es restaurar la razón o el derecho, es decir, un límite que ha sido derrocado por los gobiernos despóticos, y que hoy vive indeleble en la conciencia enérgica del gran general que tuvo la gloria de restaurarle” (1998:50).

ideas guían a este sujeto en particular en su recorrido político en el Río de la Plata y qué puede decirnos esto sobre las preocupaciones comunes que inquietaban a la clase política porteña, tanto en el período rivadaviano como en el rosista?

En primer lugar: las continuidades. Que entre el final del período rivadaviano y los inicios del rosista no mediaba una distancia abismal para de Angelis lo prueban quizás los *Ensayos literarios y políticos*²⁴, singular publicación de 1833 que ha llamado la atención de varios de los estudiosos que se han encargado de este personaje. De Gandia llama la atención sobre el hecho de que en algunos de los escritos el autor se muestre favorable a Rivadavia y se asombra del ideario liberal que inspira al volumen (1946: 127); Myers, por su parte, se sirve de esta publicación para señalar, en una nota al pie, el bajo nivel de compromiso del letrado con la causa federal, aunque no así con el gobierno rosista (2002: 38).

¿De qué se compone este volumen? Por un lado, de una serie de artículos publicados en *La Gaceta Mercantil* y *El Lucero*, como señala Sabor (1994: 44), es decir, de los periódicos, si no rosistas, por lo menos federales. Pero a su vez, el libro contiene una serie de ensayos que habían aparecido en *La Crónica política y literaria de Buenos Aires*, como se recordará, el periódico dirigido junto a Mora en 1827. Que no existía, por lo menos hacia 1833, una radical distinción para de Angelis entre las ideas políticas aceptables a fines de la década de 1820 y a principios de la siguiente lo muestra la composición misma de este libro, que reúne indistintamente escritos de uno y otro período. Se puede imaginar entonces que esta publicación formaba parte de una estrategia de de Angelis para legitimarse como escritor ante la opinión pública y, por qué no, ante la clase política porteña.

Este artículo “Federales” quizás sea el más llamativo de toda la serie. Probablemente publicado en *La Crónica Política y Literaria* -por su referencia a la guerra del Brasil (1833: 75) debe ser sin dudas anterior a 1828-, presenta una fuerte crítica a la corriente federal, que entonces enfrentaba al gobierno de Rivadavia, y una defensa de la constitución unitaria de 1826. La reedición de un texto con esta posición resulta cuando menos curiosa, teniendo en cuenta que hacia 1833, si no era seguro aún el triunfo del rosismo, sí estaba mucho más asegurada la hegemonía federal en la provincia de Buenos Aires. De cualquier modo, vale la pena prestar

²⁴ Myers señala que la fecha de publicación de estos ensayos es 1839. En efecto, varios ejemplares de los *Ensayos* llevan esa fecha en su portada, pese a lo cual Sabor se ha encargado de demostrar que en realidad el libro fue publicado en 1833 y que aquellos ejemplares que presentan la fecha posterior fueron sobrantes de la tirada original, que de Angelis decidió hacer circular (1994: 394).

atención a los argumentos esgrimidos por de Angelis para defender su posición, dado que es allí donde puede vislumbrarse el por qué de la publicación de este texto en una fecha que parece a primera vista tan tardía para las ideas que defiende.

El texto se inicia con una impugnación, no del partido federal en sí, sino de los “aprendices de política, que no saben lo que es constituir una nación; que confían en las Utopías, y que aún no han llegado a conocer que, en materia de gobierno, las ideas especulativas están casi siempre en contradicción con las prácticas” (1833: 73) -argumento que se repite en “Defensa de los americanos” (1833: 218). La defensa de la constitución del ‘26, por otro lado, se basa en dos premisas: que toda constitución tiene sus defectos -los ejemplos de Francia, España, Inglaterra y Estados Unidos son entonces presentados- y que no puede aplicarse a un país un principio de organización que ha funcionado en otro, en este caso, el federalismo para cuya defensa solía esgrimirse el ejemplo de los Estados Unidos: “es imposible fundar una sociedad sobre un modelo dado, como se edifica una casa según un plan convenido; porque los gobiernos, como los productos naturales, maduran a grados” (1833: 78). La oposición federal, por otra parte, resultaba particularmente nociva en un momento en que el país se hallaba en guerra, cuando se hacía más apremiante la unión interior y el mantenimiento del orden: ante esta oposición política de Angelis esgrime la necesidad de moderación, recordando que “la verdadera libertad reside a un punto tan remoto del despotismo como de la anarquía” (1833: 79). El artículo resulta entonces llamativo no sólo por su aparente anacronismo sino también por condensar toda una serie de tópicos que servirán para defender, a medida que avance la década, al rosismo: si el libro en su conjunto representa en sí mismo la hibridez del discurso de de Angelis, en su pasaje del rivadavianismo al rosismo, este artículo en particular concentra esas contradicciones.

El fantasma de la anarquía es el que da origen a varios de los artículos de de Angelis, que llama a sus lectores a actuar bajo el principio de la moderación. En “Estilo de las discusiones políticas”, por ejemplo, el autor aboga por la elevación del lenguaje de la prensa y establece un contraste entre aquel que en las discusiones busca “convencer y no herir” y el “revoltoso”, es decir, “aquellos que sólo pueden vivir a la sombra del desorden y de la anarquía” (1833: 24). El orden queda asociado a esa moderación en las discusiones, pero también a un poder no concentrado en un sólo hombre -recordar las críticas a Brasil y su sistema monárquico de gobierno- sino que se guía por “los principios eternos de la verdad y de la justicia, de aquellas emanaciones puras de la razón” (21). Para que esto suceda, es necesario no sólo que la razón sea

la que dirija las discusiones políticas, sino también que existan asociaciones -en las que “reside siempre, a lo menos virtualmente, la verdadera soberanía” (1833: 21)- y costumbres que aseguren el respeto de las instituciones, guardianas en última instancia de la libertad de los individuos, como señala en “Influjo de las costumbres sobre la libertad” (1833: 160-161). Si ciertas características de la sociedad -existencia de asociaciones, educación y el domesticamiento de las pasiones- son necesarias para garantizar el respeto de la ley -una idea, como se ha señalado, típicamente ilustrada y, en el contexto rioplatense, rivadaviana-, es además preciso que la contienda política no sea guiada por el espíritu de facción sino por el enfrentamiento entre partidos políticos: “En las repúblicas, sólo se llaman partidos los que por diversos caminos se dirigen al bien general: los que no se proponen este objeto son facciones o pandillas, y con estas no puede haber tolerancia, por más tolerantes que sean sus contrarios” (1833: 42), señala en “De la tolerancia política”. La política debe estar basada en un diálogo racional y para esto es necesario que existan partidos que, por definición, son moderados, ya que buscan el bien común.

Esta distinción entre partidos y facciones cobró un papel central en el discurso rosista. Myers señala que uno de los argumentos para deslegitimar a la oposición fue admitir en teoría la disidencia, como parte de un orden republicano, pero aducir que, tal como existía, esa oposición debía ser eliminada, ya que atentaba contra la misma república por el espíritu de facción que la animaba y que se había evidenciado, por ejemplo, en el levantamiento decembrista (2002: 102-103). Resulta curioso un texto que cita Myers-tomado de *El Lucero* y que él presume escrito por de Angelis- en el que su autor, al referirse a ese movimiento liderado por Lavalle, se pregunta: “¿Podría llamarse una secta política hija de la patria, y de la libertad, a la que de modo tumultuario hace callar las leyes (...) su principio es *el que no está conmigo es mi enemigo*?”²⁵. Esta expresión se asemeja demasiado a la elegida por de Angelis para desestimar a la monarquía brasilera en una nota de *La Crónica política y literaria de Buenos Aires* citada en el capítulo anterior, lo cual permite abonar las sospechas de Myers: “¿Puede decirse que están bien en los labios de un monarca constitucional las palabras *todos aquellos que no piensan de la misma manera que yo son disfrazados monstruos*?”²⁶. Como se recordará, en medio de la guerra con el Brasil, desde este periódico se impugnaba al contrincante por no contar con un sistema político representativo y ser un gobierno despótico intolerante al disenso. La misma imagen de la tiranía

²⁵ S/T, *El Lucero*, N° 107, Buenos Aires, 19/1/1830. Cit. en Myers, 2002: 103.

²⁶ “Consideraciones sobre el discurso del emperador del Brasil”, *La Crónica política y literaria de Buenos Aires*, N° 36, Buenos Aires, 9/6/1827.

aplicada primero a un régimen monárquico, absoluto, que concentraba el poder únicamente en la figura real, volvió a ser utilizada, en otro contexto político, para hacer referencia a aquellos que no aceptaban el poder de la facción federal. Se ve entonces cómo un mismo conjunto de ideas provenientes de un discurso republicano pudieron servir a dos órdenes políticos diversos y en muchos sentidos opuestos; al mismo tiempo, esta comparación permite vislumbrar que quizás el pasaje de de Angelis de un bando a otro se basara en su convicción de que, como se ha señalado arriba, la libertad política se hallaría en un punto medio entre el despotismo -representado por el Imperio del Brasil- y la anarquía -el espíritu de facción que animaba a Lavalle, pero que también había sido achacado por el mismo autor a las provincias cuando retiraron su apoyo a la constitución de 1826-.

Ahora bien, estos argumentos en contra del “espíritu de facción” conviven con ensayos mucho más abiertos al disenso, como es el caso de “De la tolerancia política”, donde se rechaza de lleno la censura, con un tono que recuerda mucho más las alabanzas típicamente ilustradas a los beneficios de la libertad de imprenta²⁷:

La intolerancia es el único argumento de los que no tienen razón: el que la tiene sabe que tarde o temprano triunfará de los que la niegan y de los que la desconocen. Por esto, no teme que el error se presente y combata a cara descubierta; lo deja vivir, porque no duda que él mismo se dará muerte, y en lugar de oponerle los recursos de la violencia y de la persecución, se limita a demostrar su mezquindad é inconsecuencia (1833: 41).

En esta ambigüedad sobre los modos de entender la relación con la oposición política, de Angelis no estaba solo: Myers cita un escrito de Francisco Wright, otro publicista cercano a Rosas, en el que da muestra de una “prístina declaración de fe liberal” (2002: 104) que todavía era posible en los primeros años de la década de 1830.

Por otra parte, una y otra vez reaparece en estos escritos Inglaterra como modelo a seguir, ya sea por sus aportes a la ciencia (1833: 45) o por lo difundido del espíritu de asociación entre sus habitantes (1833: 52). En “De la tolerancia política”, su monarquía parlamentaria es presentada como un prototipo de gobierno organizado, un sistema en el que el poder no está concentrado y sin embargo los enfrentamientos no redundan en un estado caótico, ya que Tories y Whigs comparten un objetivo común, el mantenimiento del estado, y respetan a sus

²⁷ En “Ideas sobre la época presente” el autor se dedica particularmente a describir a la imprenta como una de las invenciones más provechosas para el progreso de la humanidad, “una fuerza de acción constante, enérgica, irresistible, que triunfa de todos los obstáculos, que perfecciona la razón humana, que ha abierto á todos los pueblos la carrera de las mejoras; que arrastra los vanos ataques de los enemigos de la libertad” (1833: 165).

contrincantes. En esta percepción del sistema político inglés como el tipo más perfecto alcanzado resuenan los debates que tenían lugar durante la Restauración en Francia. En un principio, Madame de Staël recurrió a la comparación con Inglaterra en el marco de las discusiones sobre la Carta Constitucional de 1814, con el objetivo de alabar este texto y presentarlo como una reconciliación de los Borbones con los principios de la Revolución Francesa. Los años en los que de Angelis estuvo en París fueron los de un resurgir de la discusión sobre el sistema político inglés en los círculos liberales, pero ahora para criticar, por contraste las políticas reaccionarias de la monarquía luego de 1820. Gran Bretaña se había convertido casi en una obsesión para jóvenes como Mignet y Thiers por la solidez de sus instituciones, por el respeto que allí existía por las libertades individuales y porque su historia presentaba una resolución exitosa a los problemas que en Francia no había saldado la revolución de 1789: en 1688, con un cambio de dinastía, los británicos habían logrado unir el principio representativo con la autoridad monárquica a través de un régimen constitucional (Furet, 1995: 306-307). Esta fijación con Gran Bretaña reaparecía en los escritos de de Angelis en el Río de la Plata ya que en el fondo un dilema común preocupaba a políticos y pensadores en estos dos escenarios: cómo lidiar con la herencia de la revolución.

Los debates franceses no fueron de todos modos la única influencia europea de este conjunto de textos. Como en los primeros periódicos que editó en Buenos Aires, se presenta con insistencia una serie de tópicos de origen ilustrado: la necesidad de fomentar la educación del pueblo, en “Establecimientos de Fellenberg” (1833: 101-115); la denuncia de la inhumanidad con que se trataba a los presos, en “Estado de las cárceles” (1833: 150-156); la defensa de algunos principios de economía política, sobre todo de la escuela escocesa, en “Progresos de la economía política” (1833: 116-122), “Opiniones de Mac-Culloch” (1833: 123-134), “Aduanas” (1833: 177-201) y la discusión de las ideas de Malthus en “Economía política. De la población” (1833: 8-20).

La defensa del orden como garantía para la libertad, el elogio de una política atenta a resultados concretos y no basada en especulaciones teóricas, la argumentación en contra del traslado a un pueblo de una organización adecuada para otro: ideas que serán centrales para el entramado de un discurso rosista y que aparecían en estos primeros escritos de de Angelis en el Río de la Plata. En estos textos convivían, a veces en contradicción, otra serie de ideas: un cosmopolitismo de raigambre iluminista, una noción del letrado como aquel que debe aleccionar

a la sociedad, pero que al mismo tiempo debe situarse al margen de la política. Algunas de estas ideas se mantendrían, ligeramente transformadas: el periodismo siguió siendo concebido, por ejemplo, como un medio para aleccionar a la sociedad y se mantuvo la ambigüedad de pensarlo, también, como una expresión independiente de la opinión pública -aunque en este caso la ambigüedad se vio reforzada por el hecho de que cada vez más se fue coartando la posibilidad de disenso. Otro tipo de discusiones desaparecerían gradualmente, como las preocupaciones ilustradas sobre las cárceles, la educación y, sobre todo, el cosmopolitismo, a medida que se fuera afianzando una vertiente americanista con el recrudecimiento de los conflictos externos (Myers: 2002).

La Colección de documentos: un Muratori en el Río de la Plata

En una carta a Nicola Basti del 2 de enero de 1830, de Angelis le comentaba sobre su “deseo de terminar una gran obra (...) sobre la historia de este país. Es una empresa considerable, porque es la recopilación de todos los escritos y los documentos inéditos (y todo es inédito) de esta parte del Nuevo Mundo; acompañado de notas y discusiones”²⁸. Aparentemente, ya en esa época había comenzado a planear y quizás a hacerse de algunos de los documentos que conformarían la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, una de las obras más relevantes de de Angelis y que más ha sido recordada. Se trata de una obra colosal, compuesta por seis tomos de alrededor de ochocientas páginas cada uno, con setenta trabajos publicados por entregas entre 1835 y 1838. Como lo indica el fragmento citado, la *Colección* fue una edición de textos en su mayoría -aunque no todos- inéditos, precedidos por discursos preliminares escritos por de Angelis y acompañados por algunas notas, índices y, en algunos casos, glosarios.

Como ocurrió con el resto de las obras de de Angelis analizadas hasta ahora, se trató de una empresa para la cual su autor pudo aprovechar los conocimientos adquiridos en Europa y su particular situación en Buenos Aires -arrendaba, en esos años, la Imprenta del Estado, donde publicó la *Colección*- para producir una obra que tenía un claro fin comercial y que alcanzó importante éxito, dado que la lista de suscriptores era considerable e incluía a habitantes de Montevideo, algunos de ellos exiliados políticos-. De Angelis manifestaba en una carta a

²⁸El texto original está escrito en francés: “le désir de terminer un grand ouvrage (...) sur l’histoire de ce pays. C’est une entreprise considérable, car c’est le recueil de tous les écrits et documents inédits (et tout est inédit) sur cette partie du Nouveau Monde; accompagné de notes et disputationes” (Cit en Croce, 1919: 107-108). La traducción es mía.

Florentino Castellanos -y este es un tópico omnipresente en los prólogos que redactó para las obras de la *Colección*- que aquello que lo impulsaba a realizarla era el deseo de sacar del olvido una serie de escritos históricos:

Es verdad que, sin atribuirme otro mérito, puedo crearme con el de sacar del olvido y preservar de la destrucción a una porción de documentos importantes que yacían sepultados, hace siglos, en los rincones más retirados del mundo. Su publicación derramará una gran luz sobre la historia del país, y los que quieran ocuparse de ella, no sentirán falta de materiales y noticias, como ha sucedido hasta ahora (Cit en Sabor: 1995, 314).

La empresa tenía un antecedente en el contexto del Iluminismo italiano, que, como se ha señalado, tuvo una significativa influencia en de Angelis: Muratori había sentado a mediados del siglo XVIII, con su *Rerum Italicarum scriptores* (1723-1751), las bases de un modo de concebir la historiografía como la recopilación y publicación de documentos antiguos en obras monumentales que aspiraban a la exhaustividad.²⁹ La obra puede ser comprendida, además, en el contexto del americanismo que estaba cobrando forma desde el siglo XVIII -y que recién terminaría de consolidarse como campo científico a fines del XIX- a partir del ímpetu coleccionista de letrados fundamentalmente extranjeros, como Lorenzo Botunini Benaducci, de origen lombardo, el célebre naturalista alemán Alexander von Humboldt, el francés Joseph Marie Alexis Aubin o el irlandés Lord Kingsborough (Crespo, 2008) -de hecho, la *Colección* pudo ser llevada a cabo gracias a los préstamos de textos que hizo a de Angelis uno de los mayores coleccionistas de Buenos Aires, Saturnino Segurola-. Si bien desde las décadas anteriores la colección de documentos sobre el pasado de las colonias americanas ya era una práctica instaurada, su publicación impresa resultó una radical novedad en el Río de la Plata y es por esto que la obra resultó valiosa también para los exiliados en Montevideo e incluso suscitó las alabanzas del diplomático Woodbine Parish (Wasserman, 2008a: 64-65).

Sin embargo, el conocimiento del pasado no fue el único objetivo de la obra. La recopilación de documentos que sirvieran como sustento para reclamos territoriales -finalidad de la que no estaba exenta tampoco la obra histórica de Muratori en Italia- fue uno de sus móviles principales, tal como lo deja ver la publicación de obras escritas a partir de expediciones de reconocimiento del territorio impulsadas por la Corona española en el último cuarto del siglo

²⁹ Este tipo de obra también había sido realizado, en la época en que de Angelis estuvo en París, por uno de los referentes intelectuales de dicha ciudad, Guizot, quien entre 1823 y 1835 publicó su *Collection de mémoires relatifs à l'histoire de France, depuis la fondation de la Monarchie française jusqu'au XIII^e siècle*, de treinta volúmenes y su *Collection de mémoires relatifs à l'histoire de la Révolution d'Angleterre*, de veinticinco volúmenes

XVIII y de las comisiones demarcadoras de límites los pleitos con Portugal. Memorias como la de Francisco de Viedma o la de Thomas Falkner sobre sus expediciones a la Patagonia, el diario de Félix de Azara, los escritos de Malaspina, Cerviño y Diego de Alvear -todos ellos miembros de la comisión demarcadora del Tratado de Límites de 1777-, incluso la transcripción del Tratado de Madrid de 1750³⁰, servían como prueba del dominio ejercido por el Virreinato del Río de la Plata sobre estos territorios y sentaban un precedente para reclamos jurisdiccionales:

Mucho antes que estallase la guerra de la independencia ya no se hablaba mas (sic) de límites, y los nuevos gobiernos, que han heredado de los derechos de sus respectivas metrópolis, tendrán que emprender grandes trabajos para fijarlos. Cuando llegue esta época se sentirá la utilidad de estas publicaciones, que aunque incompletas, ministran datos importantes para hacer cumplir los tratados. (1835-1838: “Proemio al diario de Pasos”, tomo IV, p. II)

El aseguramiento del dominio sobre las tierras patagónicas era una preocupación del gobierno de Rosas ante el fantasma de los conflictos territoriales que amenazaba a estas regiones de fronteras aún endeblemente establecidas: las Provincias Unidas habían sido hace no tan poco protagonistas de un enfrentamiento bélico con el Brasil por la Banda Oriental y en los mismos años de la publicación de la *Colección*, comenzaba una guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana.

Por otro lado, el interés en este tipo de textos también radicaba en el conocimiento geográfico que otorgaban sobre una región en particular y sus posibilidades de explotación económica. En el anhelo que expresa de Angelis sobre las posibilidades de expandir el comercio hacia regiones entonces aisladas recuerda sus textos sobre economía política de los *Ensayos*: en el “Discurso preliminar al proyecto de navegación del Tercero” (1835-1838: tomo III), de Angelis señala que la falta de población es la “causa principal de la decadencia del comercio y aislamiento de los pueblos” y argumenta que “Multiplicar los medios de comunicación, sin que esta actividad [la mercantil] se manifieste, es desconocer el orden (sic) natural de las cosas, y obrar por espíritu de una inconsiderada y servil sumisión” (p. III). La ansiedad por poblar estas tierras era compartida en esos años por el conjunto de la élite letrada porteña y pocos años después una similar expresión deseos sería manifestada por un emigrado opositor a la causa federal desde Chile:

El porvenir de aquellas hermosas provincias depende de la habilitación, para el comercio, de las vías acuáticas; de ciudades mediterráneas -pobres y poco populosas- podrían convertirse, en diez

³⁰ La heterogeneidad del tipo de documentos es un indicio, como ha señalado Wasserman, de que el fin último de la *Colección* no era quizás el conocimiento estrictamente histórico, sino que perseguía, más bien, un objetivo de índole práctica: incidir en las disputas sobre territorios que pudieran surgir en el futuro (2008a).

años, en otros tantos focos de civilización y de riqueza, si pudiesen, favorecidas por un Gobierno hábil, consagrarse a allanar los ligeros obstáculos que se oponen a su desenvolvimiento (Sarmiento, 2009: 197)

Lejos está de Angelis de una idea del comercio como influencia corruptora de la *virtus* republicana, que según, Myers, es una de las premisas del discurso rosista. Este autor deduce de unos escritos de Manuel Moreno que, para el rosismo, el comercio se presentaba como el desarrollo sin trabas del interés individual, algo que estaría ocurriendo en los Estados Unidos y era visto aquí como un factor disolvente del lazo social (2002: 49-50). Sin embargo, quizás haya habido más en común entre el pensamiento de algunos de los publicistas del rosismo y sus opositores: como ha señalado Wasserman, hubo también una veta liberal muy presente en el discurso rosista que no puede ser soslayada y que se manifestó particularmente en los escritos de de Angelis (2008a: 150-151).

Este autor ha señalado, por otra parte, que la *Colección* tenía valor no tanto como obra histórica, sino más que nada debido a que estos libros, por su carácter monumental, constituían en sí mismos, en tanto objetos, una muestra del desarrollo cultural de la región; su puesta en circulación permitía, además, establecer lazos con letrados de otros países: esto permitiría entender por qué era más bien un criterio cuantitativo el que guiaba la edición, pero no tanto un relato coherente y bien articulado (2008a: 66-68). De cualquier modo, el autor rescata de los discursos preliminares escritos por de Angelis una expresión de la imagen que el rosismo se hacía del pasado colonial. Esta representación, si bien podía incluir cierta nostalgia por el respeto de las jerarquías sociales antes de la Independencia -nostalgia que no es manifestada en estos textos de de Angelis- no suponía una reivindicación de la Colonia; por el contrario, ese período era presentado como una época de oscurantismo y de opresión para los americanos, marcado por una completa desidia por parte de la Corona (2008a: 137-140). Sobre este telón de fondo, la Independencia surgía en la *Colección* como un momento de manifestación por excelencia de la libertad, repitiéndose la imagen de “un pueblo oprimido que sacude con dignidad sus cadenas” (1835-1838: “Prólogo a las actas capitulares del mes de mayo de 1810”, t. III, p. I), que ya había aparecido en el relato de la Revolución de Mayo de *El Conciliador* en 1827, analizado en el capítulo anterior.

Por otro lado, en estos textos se delinea una fuerte oposición entre los tiempos de los primeros conquistadores y exploradores del Río de la Plata -muchas de cuyas crónicas forman parte de la *Colección*- y el momento de la escritura. El contraste se basa, en primer lugar, en una

forma de entender la historia como disciplina: el poema *La Argentina* de del Barco Centenera, señala de Angelis, carece de “la escrupulosidad de un historiador” (“Discurso preliminar de la Argentina de Barco Centenera”, t. II, p. I). Estaba aquí en juego una delimitación de la historia que la diferenciaba del campo más amplio de las letras y la separaba así de la literatura; se trata de un desarrollo iniciado en la temprana Modernidad, al que el propio Muratori había contribuido en el siglo XVIII al sentar las bases para una historiografía erudita, basada en el análisis de documentos y que a principios del siglo XIX estaba teniendo un particular impulso a partir del afianzamiento en Europa del historicismo romántico en instituciones estatales. Esta distancia respecto del poema de del Barco Centenera, al mismo tiempo, tenía su origen en los numerosos *errores* que allí se presentaban, como la afirmación del poeta de haber visto sirenas en el Río de la Plata. Este segundo tipo de distancia del escritor respecto de los textos se basaba entonces en una idea de un inevitable progreso de las luces, que alejaba a los tiempos modernos de las tinieblas de los antiguos: “Con el escepticismo tan propio de nuestra época, se ha dejado de medir á (sic) los gigantes, para sondear los puertos, calcular la fuerza de los vientos, la elevación de las mareas, las variaciones del barómetro, del termómetro y de la aguja magnética” (“Discurso preliminar al diario de Viedma”, t. VI, p. XIII). Uno de los gestos que predomina en estos escritos parece ser el de aquellos iluministas napolitanos retratados por de Angelis en la *Biographie Universelle*, que combatían los prejuicios de su sociedad; en este caso, el editor parece interesado en constatar que han quedado atrás los tiempos del error, la ignorancia y quimeras de los primeros europeos que visitaron el Nuevo Mundo.

La impronta iluminista sin embargo parece retroceder ante un tema que suscitó muchísimos debates en el siglo XVIII: la presencia de los jesuitas en América. En los textos dedicados a presentar escritos de jesuitas o que trataban sobre las misiones del Paraguay, de Angelis dio un retrato favorable de la Compañía que tan fuerte rechazo había suscitado entre los iluministas italianos, quienes veían en ella un emblema de la Contrarreforma, el despotismo y el oscurantismo de la iglesia católica (Venturi: 1976). Aquello que suscita el elogio de de Angelis es por el contrario el beneficio que esta orden habría traído a los pueblos indígenas. De hecho, cuando el autor se refiere en la *Colección* a los pueblos indígenas, en general presenta una imagen dual: las poblaciones de la región pampeana, aquellas que fueron sometidas gracias a la campaña de Rosas, son poblaciones *salvajes*, mientras que las de las misiones jesuíticas se hallan más cercanas a la civilización; allí se presenta al indio como *neófito* cordial, casi un buen salvaje

desamparado ante la expulsión de los jesuitas en 1776. Quizás en este hecho puntual resida la toma de distancia de de Angelis frente a las opiniones de sus antepasados italianos: si bien es cierto que podía encontrar un antecedente en la defensa que hiciera el propio Muratori de las misiones del Paraguay³¹, es más probable que el objetivo de presentar a la Corona española como un poder absoluto lleve al autor a delinear una imagen de los jesuitas como una víctima más, en las colonias, de ese mismo poder. El *despotismo* que los iluministas veían encarnado en la Compañía de Jesús, se hallaba para de Angelis en el seno de esas monarquías europeas que poco más de dos décadas atrás habían restaurado su poder en Europa.

Tampoco puede ser dejada de lado la orientación política y en gran medida propagandística que motivaba a la publicación. Si entre 1832 y 1835, cuando fueron publicados los *Ensayos*, no era todavía completamente seguro el retorno de Rosas al gobierno de la provincia de Buenos Aires, el recrudecimiento de las tensiones entre las provincias y, en el marco de este conflicto, el asesinato de Dorrego, catalizaron, como es sabido, el ascenso de Rosas, quien volvió al gobierno con la Suma del Poder Público. Las manifestaciones de lealtad debían ser ahora mucho más explícitas para los publicistas oficiales, para quienes las ambigüedades de otros años quedaban poco a poco vedadas. De Angelis no escapó a este desarrollo, ni tampoco lo hizo la *Colección*, por más que pudiera ser también admirada por los antirrosistas: en el prospecto³² de la obra ya aparecen los elogios al “ilustre Gefe (sic)” de la provincia y es constante en esta publicación la referencia a Rosas como “héroe del desierto”, imagen muy difundida por esos años.

La década de 1830: hacia una consolidación del discurso rosista

Los primeros años de la década de 1830 resultan particularmente ricos para observar el modo en que de Angelis fue poco a poco convirtiéndose en un referente del publicismo rosista. Sus obras en esos años manifiestan una ambigüedad propia de un momento en que, por un lado, no era tan claro cuál sería el resultado de las disputas políticas de esos años y, además, todavía era posible mantener discusiones por fuera de la disputa política con los opositores al

³¹ Se trata de *Cristianesimo felice nelle missioni de' padri della Compagnia di Gesù nel Paraguay* (1743-1749).

³² “Prospecto de una colección de obras y documentos inéditos, relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata”, publicado en el tomo I de la *Colección* del ejemplar consultado. Se debe tener en cuenta que, al tratarse de una obra publicada por entregas, quedaba en manos de los suscriptores la encuadernación de los tomos. Es por esto que los diversos ejemplares pueden presentar algunas diferencias en cuanto al orden de las obras.

federalismo y mantener posiciones más cercanas a las que podían formar parte del discurso iluminista de la década rivadaviana e incluso a las que sostuvieron, más adelante, algunos miembros de la generación del '37: la preocupación humanitaria sobre el destino de los indígenas, la argumentación en favor de la navegación de los ríos interiores y la colonización del territorio siguieron presentes incluso avanzada la década de 1830, en una obra de carácter histórico como lo fue la *Colección*.

Una preocupación en particular parece unificar los escritos de estos años: la estabilidad del orden político, la necesidad de evitar los peligros de la anarquía y el despotismo. La imagen desencantada de este territorio convulsionado al que de Angelis había arribado luego de sus peripecias por una Europa no menos intranquila ya estaba presente en los *Ensayos*:

Diez y nueve años de desastres han quitado á la América el brillo que fascinaba los ojos de un extranjero: ya no es esa tierra privilegiada, asilo de la libertad y de la inocencia, derramando sus tesoros sobre todos los pueblos: -no; es un foco de revoluciones y de anarquía, hecho insoportable á sus propios hijos, y asechando (sic) la fortuna, la tranquilidad y la vida de todos los que se le aproximen (1833:220)

Estos “diez y nueve años de desastres” no son sino los transcurridos desde las revoluciones de la independencia. Esta perspectiva, si bien no es una parte central de la *Colección*, sigue siendo un elemento no menos importante cuando aparece Mayo -el autor lamenta la rapidez con que los revolucionarios derramaron sangre (1835-1838: “Discurso preliminar a las actas capitulares, t. III)- y con el levantamiento de Tupac Amaru, que por basarse en un reclamo justo no deja de ser entendido por de Angelis como un hecho teñido de barbarie, nuevamente un momento en que imperó la tan temida *anarquía* (t. V).

Puede que esta misma preocupación haya sido la que lo llevó a publicar, en 1831, una traducción de algunos escritos de Chateaubriand (1831), el nostálgico autor de *Le génie du christianisme* y miembro de una familia noble venida a menos luego de la Revolución Francesa. Este personaje tan cambiante en sus alianzas políticas como el mismo de Angelis -había huido de Francia poco después de 1789, para apoyar luego a Napoleón hasta que fue repudiado por éste, apoyó la restauración borbónica y la carta constitucional de Luis XVIII, pero pasó a las filas opositoras durante el ministerio de Villèle- trataba en estos escritos temas que deben haber causado una fuerte impresión en de Angelis, que conocía de primera mano el ambiente político francés de la última década, en el que Chateaubriand había jugado un papel no menor.

Los dos primeros opúsculos³³ tratan la cuestión de cómo instaurar un nuevo orden luego de la Revolución de Julio -un tema muy reciente: la obra se publicaba en Buenos Aires apenas un año después de este hecho³⁴-. El autor fue un ferviente opositor de Luis Felipe -de hecho decidió retirarse de la vida pública cuando éste ascendió al trono- y proponía en estos textos que asumiera el trono el nieto de Carlos X, entonces un infante. La monarquía ya no era en ese momento una opción en el río de la Plata: el texto resultaba interesante, quizás, no tanto como un libelo a favor de esta forma de gobierno, sino como una argumentación de un intelectual prestigioso sobre el mejor modo de conservar la estabilidad política y social. No resulta mejor el hecho de que Chateaubriand, en la traducción de de Angelis, señale que “la monarquía no es más un culto; es una forma política preferible en la época presente á cualquier otra, porque *concilia mejor el orden con la libertad*” (las cursivas son mías) (1831: 14). El fantasma de la Revolución Francesa y, con ella, el Terror, que desvelaba en esos años tanto a los realistas como a los liberales franceses, podía ser recibido también en el escenario porteño: “¿Volveremos a entregarnos a estos veteranos de la revolución; á estos inválidos cortacabezas de 1793 (...)?” (1831: 44). Esta preocupación tampoco podía ser ajena al propio de Angelis, quien ya era un adolescente de 15 años cuando en Nápoles se desarrolló la revolución de 1799, y luego vivió los trastornos que en ese mismo reino causaron la llegada de Murat y su posterior destitución en 1815.

Los otros dos textos del volumen, “Washington y Bonaparte” y “Napoleón y Cromwell”, se dedican a la comparación de estos “grandes hombres” que habían dirigido sociedades en momentos clave de su historia. Este tipo de figuras eran propias del gusto romántico de Chateaubriand y de la época -Sarmiento explicaría la historia de nuestro país a través de la figura del caudillo Facundo Quiroga-, particularmente Napoleón, tema de innumerables escritos de la época.

En el primer texto, el autor relata su encuentro con Washington cuando éste ya se había retirado de la vida pública. El otrora presidente es presentado por otro lado como un hombre que mantiene la “simplicidad de un viejo romano” (1831: 61), modelo de virtud republicana, que ha

³³ “Discurso del Sr. de Chateaubriand en la sesión de la Cámara de Pares del 7 de agosto de 1830” y “De la restauración, y de la monarquía electiva, ó respuesta á la interpretación de algunos periódicos a mi repulsa á servir al nuevo Gobierno”.

³⁴ Un signo de que la Revolución de Julio resultaba particularmente atractiva en el escenario porteño, donde se desarrollaban sucesos comparables quizás por su violencia y su amenaza al orden establecido puede ser la traducción de de Angelis, en el mismo año, de la *Acusación contra el príncipe de Polignac ex-ministro de Carlos X y su defensa ante la Cámara de Pares por el señor de Martignac*.

abandonado el poder luego de haber consolidado la independencia. El contraste entre este personaje y Bonaparte es establecido desde un principio: su genio era de “un vuelo menos elevado que Napoleón” ya que “no pertenece a esa raza de Alejandro y Césares que excede la estatura de la especie humana” (1831: 64). Es en esta *elevación* del genio donde reside precisamente la condena que cae sobre el emperador corso, que “no quiere crear sino su fama; no se encarga sino de su propia suerte” (1831: 66). Son dos los puntos en los que se basa esta condena. En primer lugar, Napoleón no había logrado instituir un orden político que lo sobreviviera como gobernante: su imperio se había derrumbado, mientras que Washington había legado a su país un orden político, una república, que perduró a lo largo del tiempo. Se había mantenido, además -aquí reside la segunda diferencia- fiel al principio de libertad, mientras que Napoleón, preocupado más que nada por su destino personal, habría quitado su independencia a Francia y la habría privado de su libertad.

El problema de la libertad vuelve a aparecer en el último texto del volumen, aunque bajo un matiz diferente. Allí Chateaubriand se dedica a las vidas de Napoleón y Cromwell, dos hombres que, como César, habían tomado el poder en medio de discordias civiles y habían transformado dos repúblicas en sistemas en el que el poder se concentraba en ellos mismos. Esto significaba una proeza aún más impresionante que la de otorgar la libertad a un pueblo dado que “un estado libre, que ha conquistado la libertad a precio de su sangre; (...) en que hierve y fermenta la agitación de los partidos; en que la guerra de las facciones tiene su táctica y se ha convertido en un principio de existencia, es difícil de subyugar” (1831: 71). En este caso, entonces, el hecho mismo de concentrar el poder en una sola persona y dejar de lado la libertad de una república no aparece como algo condenable, ya que el problema se traslada al tipo de cualidades que debe reunir el sujeto que en estas circunstancias dirige a una sociedad. Nuevamente, lo que condena a Napoleón es su aspiración a la fama, fundamentalmente por medio de la guerra: “¿Cómo es posible comparar a Cromwell, hombre privado, creado para la vida civil, con Napoleón, educado para la guerra y formado en la mejor escuela de ese género?” (1831: 76). Cromwell aparece más cercano a Washington por la simplicidad y los “modales plebeyos” (1831: 74) que lo caracterizaban, así como por haber mantenido “un gobierno enérgico, tranquilo, glorioso, elevó a la Inglaterra al primer lugar entre las potencias cristianas, la hizo formidable a sus enemigos” (1831: 77), aunque este legado no hubiera podido continuarse debido a la inoperancia de su hijo y sucesor.

¿Con cuál de estos modelos estaba intentando de Angelis identificar al entonces gobernador Rosas? Probablemente no fuera Napoleón, que en los dos escritos es la figura menos favorecida. Son Washington y Cromwell los que emergen aquí como modelos. Los dos aparecen, como hombres simples, más identificados con la vida civil que con la militar -aunque ambos hayan sido militares- y que, sobre todo, lograron mantener el poder, frente a un Napoleón que precipitó su propia caída. La gran proeza de Washington había sido consolidar la independencia y la libertad de su pueblo; la de Cromwell, aplastar esa libertad para mantener el orden. Lo que parece ser una contradicción está en el núcleo de la imagen de Rosas que se hacía de Angelis: a la vez un republicano austero y un hombre fuerte que ante el peligro de la *anarquía*, podía establecer un gobierno excepcional que, como el Protectorado, instaurara el tanpreciado *orden*.

Un letrado extranjero en medio de las discordias civiles

Cabe preguntarse, por otro lado, cómo percibía de Angelis su situación en medio de este escenario cuya *anarquía* no dejaba de ser una referencia en sus escritos y sus lecturas. En la dedicatoria a su hermano Andrea de los *Ensayos literarios y políticos* señalaba que “os darán una idea del género de mis escritos en el Nuevo Mundo, y de qué modo he procurado desempeñar la difícil misión de escritor público en este infinito teatro de interminables disensiones civiles” (1833: s.n.). Más adelante, en uno de los textos que integran el volumen, se detenía en una defensa de los letrados extranjeros que intentaban ilustrar a las naciones americanas y que, a cambio, sólo recibían el odio de sus pares. El autor apelaba a una imagen cosmopolita, típicamente ilustrada, de la influencia civilizatoria de los pueblos:

Los Americanos no deben creerse más privilegiados que todos los países del mundo, cuyos primeros pasos en la carrera de la civilización han sido marcados por guías extranjeras (sic). Los griegos fueron los maestros de los italianos, los árabes de los españoles, los pueblos del mediodía de los francos, los normandos de la Inglaterra, los ingleses de los norteamericanos, y las partes ilustradas de Europa, de la Rusia. (1833: 221)

La referencia a la desconfianza que merecía su trabajo en Buenos Aires por parte de otros letrados vuelve a aparecer años más tarde en las cartas a Carlo Zucchi. En una fechada el 25 de noviembre de 1838, un momento particularmente tenso de la política porteña, escribía que:

Todos saben cuáles son mis ideas, de hecho no las he ocultado jamás a nadie. Se deben convencer, en cambio, de que aquello que hago no tiene nada que ver con la política y los partidos, dado que me ocupo de mis trabajos literarios. No me oculto que lo que más conviene a nosotros los

extranjeros es alejarse. Franceses, ingleses, americanos, italianos, son todos iguales para los hijos de este país, que detestan a todos del mismo modo (Badini, 1999: 113)³⁵

No es sólo el sentimiento de de Angelis de ser despreciado por su condición de extranjero aquello que llama la atención en esta cita; también resulta llamativo el modo en que entendía esa labor de “escritor público” a la que hacía referencia en la dedicatoria de los *Ensayos*: como una labor que queda al margen de “la política y los partidos”. El modelo del letrado al que adscribía de Angelis se comprende mejor si se presta atención a otros de sus ensayos, donde se encarga de defender su posición ante el público. En primer lugar, de Angelis se reivindica a partir de su trayectoria personal, que lo legitimaría para escribir en una república libre: en el artículo titulado “Federales” se defiende de una serie de acusaciones de escritor servil al poder - en ese entonces, el gobierno de Rivadavia- y presenta su recorrido personal como el de un hombre que realizó “innumerables sacrificios” (1833: 74) por la libertad en Europa y, rechazando la esclavitud allí imperante, decidió afincarse en una república independiente y libre: “pero queremos independencia ilustrada, y se engaña torpemente al que nos cree indiferente al triunfo de las buenas doctrinas” (1833: 75). Por otro lado, aparece en estos textos la idea del letrado como preceptor o juez, cuyo deber principal es “ilustrar la opinión, para que no se estravie (sic) en medio de las contradicciones que reinan en la sociedad” (1833: 223).

El letrado extranjero como influencia civilizadora, como “preceptor” del público, “juez” ante las disputas políticas que reinan en una sociedad: quizás allí se halle la clave del tan misterioso pasaje de de Angelis hacia las filas del rosismo. No sólo este letrado pudo haber visto en Rosas una garantía de orden público, imagen que le generó apoyos en distintos sectores de la sociedad porteña y que respondía a una preocupación común al ambiente intelectual con el que había entrado en contacto en París. Al mismo tiempo, no veía el trabajo de ilustrar a la opinión - así como de defender los derechos territoriales de un estado o recopilar los documentos que conforman su historia- como algo que dependiera del signo político del gobierno al cual servía.

En este sentido, cabe trazar una distinción con el grupo de intelectuales de la generación del ‘37 que se iniciaban en la vida pública en los años del rosismo y que tan críticos de Angelis se mostraron más tarde. Se ha señalado ya el paralelo que puede trazarse entre las aspiraciones de este letrado y Alberdi, quien también buscó convertirse en el ideólogo del régimen rosista. Sin embargo -si bien este pensador seguiría manteniendo una visión mucho menos condenatoria

³⁵ El texto original está escrito en francés. Las traducciones de las cartas de de Angelis a Zucchi son mías y se basan en la traducción que Gino Badin, el compilador de esta correspondencia, hizo del francés al italiano.

de Rosas que sus compañeros- existía una diferencia fundamental en el modo en que él y el resto de los románticos entendían su posición en la política rioplatense de la época. Como lo ha señalado Halperin, estos jóvenes, basándose en sus conocimientos de las novedosas corrientes filosóficas europeas, se autoproclamaban los herederos de la clase política que con tan poco éxito había guiado al país desde la revolución (2005: 35). Esta aspiración a ser los guías del mundo de la política quedó evidenciada muy tempranamente, con la ruptura con el gobierno de Rosas y la formación de la Asociación de la Jóven Argentina.

Pero la distinción no sólo debe ser establecida entre de Angelis y los jóvenes románticos. La forma en que Halperín presenta a este grupo es en realidad el modo en que en general ha tendido a presentarse la historia de los intelectuales en América Latina en el siglo XIX. En otro texto, este autor señala que luego de las revoluciones de 1810, los letrados, que estaban en el vértice del poder social durante la colonia pretendieron seguir ocupando este lugar pero nunca lograron en realidad erigirse, en tanto intelectuales, en los guías de las nuevas naciones; su historia es así la de una constante tensión con el poder político y continuo desencanto ante una sociedad que no les asegura el lugar que en su percepción ellos tendrían reservado (Halperin, 1998). Rama presenta, en cambio, una continuidad entre el orden colonial y el postindependiente: éste también vio emerger una cultura jerárquica que hundía sus raíces en la cultura barroca colonial y tenía a los letrados en la posición de mayor poder -que según el autor, mantendrían a lo largo de toda su historia en América Latina- (1998: 52-23). Retomando este planteo, Ramos sostiene que hasta el último cuarto del siglo XIX pervivió un modelo de letrado *tradicional*, ilustrado, cuyos escritos buscaban imponer un orden a las nuevas naciones americanas. En contraste con la figura del escritor profesional que se perfiló a fin de siglo, que esgrimía un discurso crítico en relación con la ley, estos letrados -cuyos ejemplos paradigmáticos, según el autor, serían Sarmiento y Andrés Bello- se percibían como los encargados de la formalización de la ley, de la transformación del *caos americano* en un orden *civilizado* (1989: 35-49). No resulta casual que el personajes que analiza Ramos como caso paradigmático del letrado *tradicional* en la Argentina fuera Sarmiento, miembro de esa generación romántica y firme opositor al gobierno rosista, que más adelante ocuparía nada menos que el cargo de Presidente. La voluntad de ocupar un espacio de poder, de cumplir un papel dirigencial en los asuntos públicos aparece en todos estos autores como una característica central para definir a los intelectuales latinoamericanos en el siglo XIX.

Pero es precisamente el deseo de injerir en los asuntos públicos aquello que marca una radical diferencia entre la generación del '37 y los exiliados rivadavianos, por un lado y de Angelis por otro. Había, sí, en su concepción de su labor como publicista, una idea tutelar sobre la sociedad: sus conocimientos le permitían presentarse como aquel que tenía la misión de educar al público y contribuir a su elevación moral y a la conformación de ciudadanos para la república. Sin embargo, esta tarea docente no lo llevaba a aspirar imponer sobre la realidad política porteña un nuevo orden de cosas. Más bien, de Angelis parecía entender su su labor como un *métier* específico, que podía desarrollarse bajo gobiernos de signo político diverso. Así, algunos de sus escritos son presentados por el propio de Angelis como un mandato que debe cumplir en tanto letrado. En otra carta a Zucchi, de principios de 1840, se refiere a un opúsculo escrito para defender la posición argentina luego del conflicto con Francia: “Dado que un día podré también irme de este país, no quiero que la gente tenga motivo de decir que he permanecido indiferente en este conflicto entre la gente de afuera y la gente local. Es mi deber, como extranjero y como huésped, alinearme del lado del país que me ha acogido” (Badini, 1999: 154)³⁶. No llama la atención, así, que la obra que escribió en el exilio, luego de la caída de Rosas, fuera una defensa de la soberanía de Brasil sobre el río Amazonas:³⁷ este tipo de obras muestra claramente el servicio que este letrado ofrecía a los estados como tales y no a los partidos. La defensa de una posición en una disputa internacional tenía así el mismo estatuto que la ilustración del público sobre las nuevas corrientes de pensamiento, las noticias europeas o incluso los debates políticos internos.

Sin dejar de pensarse como un sujeto al servicio del estado, más que como su guía intelectual, se vio absorbido cada vez más por un gobierno que mantenía una constante disputa con sus opositores y le exigía un compromiso mucho mayor en los conflictos políticos internos: “todo es preferible al riesgo de quedar involucrado en las discordias civiles. Yo mismo lo sé mejor que cualquier otro, dado que me he enredado hasta el cuello, a mi pesar”, escribía en 1842 (Badini, 1899: 208). Si frente a Rivadavia de Angelis había podido criticar el estado de las cárceles de Buenos Aires y había vuelto a publicar estos artículos en la década de 1830, más

³⁶ Se refiere aquí probablemente a su *De la conducta de los agentes de la Francia durante el bloqueo del Río de la Plata, por un Observador Imparcial*, que se publicó anónimo en 1839, pero cuya autoría reconoció más tarde de Angelis.

³⁷ *De la navigation de l'Amazone. Réponse a un mémoire de M Maury, officier de la marine des États-Unis, par M. de Angelis membre correspondant de l'Institut Historique et Géographique du Brésil, des sociétés de Géographie de Paris, de Londres, etc, etc.* (1854).

adelante este tipo de disensos quedarían vedados. Los conflictos políticos rioplatenses habían absorbido de alguna manera la labor de este letrado, que encontró cada vez más difícil desempeñar ese rol de preceptor de la opinión que decía cumplir en a principios de la década de 1830. La desilusión ante el vuelco que había tomado su labor en la esfera pública porteña también se manifestaba en las cartas a Zucchi: hacia 1843 la imagen que daba de Angelis de su posición en el Río de la Plata era muy distinta de la que había presentado en aquella dedicatoria a su hermano: ante el inicio de la redacción de el *Archivo Americano*, que sería su último trabajo periodístico, se refería a su “viejo y aburrido trabajo de escritor publico” (Badini, 1995: 243).

La famosa disputa con Echeverría muestra a este de Angelis mucho más compenetrado con el discurso rosista, más virulento en sus argumentos e intolerante respecto de la oposición. La polémica -que en realidad poco tuvo de tal, en tanto fue intercambio más que de argumentos, de injurias (Fontana y Román, 2006)- se inició en 1847 a partir de una crítica del editor del *Archivo Americano* al *Dogma socialista*. Allí, de Angelis notaba la influencia de los “salvajes unitarios” y de las ideas extranjeras sobre el autor de la obra y se mostraba particularmente crítico del intento de “unos cuantos estudiantes de derecho, inquietos, presumidos, holgazanes y muy aficionados a la literatura romántica” de reformar el país a partir de lo que leían en sus libros europeos (1847: 80). La defensa de política práctica y no basada en *utopías* lo alejaba de este grupo de exiliados, pero también lo hacía, sin que esto fuera explicitado por ninguna de las partes en la disputa, una desigual concepción sobre el papel que debían ocupar los letrados en relación con la política. Aquí residía un punto fundamental del desacuerdo entre este de Angelis y los jóvenes románticos y uno de los motivos por los cuales ha resultado tan difícil comprender la trayectoria de este personaje en el Río de la Plata.

A modo de conclusión. Una vida de exilios

En 1855, desde su exilio en Montevideo, de Angelis escribía la que fue su última obra en el Río de la Plata, una semblanza biográfica de Aimé Bonpland. A sus setenta y un años, este letrado volvía a ese género con el que había podido mantenerse en su otro exilio, el de París. Ahora también escribía de alguna manera para ganarse la vida, pero en un contexto bastante diferente: luego de haber sido el “escriba de Rosas”, había buscado nuevas oportunidades en Río de Janeiro y Montevideo, pero, ya anciano, le resultaba probablemente menos costoso volver al que había sido su hogar durante veinticinco años. Allí todavía vivía su esposa y había amigos mejor posicionados que podían interceder por él, como Carlo Pellegrini, quien publicó la *Noticia biográfica de Mr. Bonpland* en su *Revista del Plata*, donde excusaba a su compatriota por haber contraído “compromisos crueles, los que hoy purga con la serenidad del filósofo, y la resignación del mártir, que, sin pedir gracia, respira, anhela, trabaja por la felicidad y la mayor gloria de su patria adoptiva” (1855: VI).

¿Cómo había llegado de Angelis a este exilio? Los años que siguieron al bloqueo francés de 1838 y la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana habían visto un recrudecimiento del *terror* rosista, una de cuyas consecuencias fue una nueva ola de emigrados porteños que se radicaron sobre todo en Montevideo y Santiago, donde ya vivían varios unitarios de la generación anterior. Pietro de Angelis, sin embargo, permaneció en Buenos Aires y ocupó un lugar cada vez más protagónico al servicio del rosismo. Su posición de letrado oficial había comenzado a forjarse desde los periódicos de 1829 a 1834, años en que también se hizo cargo de la Imprenta del Estado y la Imprenta de la Independencia. Al mismo tiempo que empezaba a circular su célebre *Colección de obras y documentos*, en 1835 comenzó a editar la *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de Mayo de 1810, hasta fin de diciembre de 1835*, una obra de cinco tomos publicada entre 1836 y 1858³⁸, que lo afirmó en su rol de letrado estatal, perfil fortalecido cuando inició en 1840 su trabajo como segundo archivero en el Archivo General de la Provincia de Buenos Aires, creado por Rivadavia en 1821. ¿Se

³⁸ El último volumen había comenzado a ser preparado por de Angelis, pero no fue él quien terminó de editarlo, sino J. Muñoz (Sabor, 1995: 377).

trataba de un castigo, como señalaría años más tarde un furioso Echeverría en sus *Cartas* al editor del *Archivo Americano*?³⁹

De cualquier modo, la fascinación por el archivo no se limitó a esa labor, haya sido o no un castigo del gobernador de la provincia, siempre celoso de quienes lo rodeaban. Durante su estadía en Buenos Aires, el coleccionismo -tan caro al gusto de los eruditos europeos de los siglos XVIII y XIX- fue una de sus principales ocupaciones. Su interés residía, como el de todo coleccionista, en la pasión por el hallazgo de rarezas y curiosidades, en la posibilidad de contener en una serie de objetos una muestra de la diversidad del mundo, en el renombre que iba unido a la colección, la fama que proporcionaba cuanto más variada y extravagante fuera, pero también en la perspectiva económica que otorgaba una posible venta. Quizás la tarea en la que resulta más evidente esta veta comercial haya sido la recolección de fósiles en los campos de Buenos Aires: de Angelis formó parte de una red de traficantes de fósiles que incluía a diplomáticos europeos y era una de las principales formas de aprovisionamiento de este tipo de especímenes para las sociedades científicas -embarcadas desde principios del siglo XIX, sobre todo a partir del impulso de Cuvier, en el estudio de la anatomía comparada (Podgorny, 2007). El afán coleccionista lo volcó también a la numismática: logró conformar una importante colección de monedas y medallas de las provincias del Río de la Plata. Su interés por la historia, por otro lado, lo motivó a publicar su *Colección de obras y documentos*, y a formar una importante biblioteca que se destacó por su gran número de impresos y manuscritos sobre esta región -diarios de viajes y expediciones, escritos sobre las misiones jesuíticas, es decir, el tipo de textos que integraban la *Colección de obras y documentos*-, planos, mapas y obras sobre lenguas indígenas americanas; las sospechas sobre los medios poco honestos a través de los cuales de Angelis consiguió estos ejemplares fueron repetidas por diversos personajes de la época y contribuyeron a conformar esa imagen de *rara avis* que siempre lo acompañó (Sabor, 1995: 170-175, 211-219).

Archivo y propaganda encontraron su punto de unión en algunas de las obras de de Angelis. Ya ha sido señalado en el capítulo anterior que la exaltación de la figura de Rosas, además de la finalidad práctica de dar sustento a los reclamos territoriales del estado, no era ajena a la *Colección de obras y documentos*. El acercamiento al rosismo, si en un principio fue ambiguo, estaba afianzándose en esta época, a medida que el gobierno se mostraba menos

³⁹ “Muchos debieron ser sus pecados para que el Restaurador le dejase olvidado por muchos años en el rincón de su Archivo de antiguayas buscando, como la polilla, pasto para su inteligencia.” (Echeverría, 1873: 234)

dispuesto a aceptar estas oscilaciones y exigía muestras más explícitas de adhesión por parte de sus seguidores. Desde su labor de publicista de Angelis contribuyó a formar ese discurso cada vez más virulento, que acompañaba la política de movilización permanente del gobierno. Si las loas al “héroe del desierto” ya estaban presentes en la *Colección*, en el *Archivo Americano* y *Espíritu de la Prensa del Mundo* expresó su ya completa adhesión a la causa rosista. Este periódico publicado entre 1843 y 1851 mostró una nueva unión entre trabajo de archivo y propaganda: sus números incluían documentos oficiales, informaciones de los departamentos de gobierno, noticias del interior del país, mensajes de la legislatura, resúmenes de periódicos nacionales y extranjeros y editoriales de de Angelis. Editado en francés, inglés y español -con un curioso diseño: páginas tripartitas que repetían el mismo texto en cada uno de los idiomas- buscaba mostrar una buena imagen del gobierno de Rosas ante los países europeos y americanos y fue uno de los principales medios en los que tuvo su difusión el discurso rosista.

Myers ha señalado que este discurso tuvo como eje central un ideario político republicano, que ya había aparecido como universo de referencia luego de la revolución y en el discurso de los rivadavianos, pero adquirió sus matices particulares bajo el rosismo. En su análisis, el autor destaca una serie de tópicos que aparecieron con más frecuencia en la prensa. En primer lugar, el agrarismo republicano presentaba una imagen del campo, previo a la revolución, como un modelo de organización moral y social, donde las jerarquías se presentaban como algo natural y por eso eran respetadas. Se trataba de un orden ideal que contrastaba con el estado actual del espacio rural y debía ser restaurado mediante una intervención extraordinaria en la sociedad por parte de la autoridad: ésta era la misión que le cabía a Rosas, él mismo presentado como un Cincinato, reducto de la virtud republicana. Otro de los *topoi* de este discurso fue la imagería catilinaria, es decir, la referencia a las amenazas de los conspiradores aristocráticos -en este caso, los unitarios- a un orden que descansaba en la soberanía del pueblo. Esta figura ya había estado presente durante la Revolución y el período rivadaviano, pero en relación con la amenaza del absolutismo y no tanto del desorden, matiz que, según Myers, adquirió recién en el período rosista. Por otro lado, se apeló, sobre todo desde fines de la década de 1830, luego del conflicto con Francia, a una postura americanista con el doble objetivo de, por un lado, asociar la figura de Rosas con la defensa del Sistema Americano, en esencia republicano, y defender al gobierno presentándolo como una alternativa local frente a los modelos europeos. Basándose en argumentos de raigambre historicista, el discurso rosista

sostuvo que los pueblos americanos, cuya independencia era muy reciente, no podían tener gobiernos fundados sobre las modernas teorías europeas -en las que se inspiraban los unitarios o los exiliados románticos-, que no se adaptaban a la realidad americana. Esta perspectiva hallaba su complemento en una visión, según Myers “burkeana”, del estado como un organismo viviente que no podía acomodarse a postulados teóricos, ya que en definitiva la política era el terreno de la práctica. En esta línea de razonamiento, la organización federal era presentada como lo políticamente factible, el resultado del desarrollo histórico de las provincias. Finalmente, la exaltación del orden fue otro de los tópicos centrales de esta matriz discursiva: a partir de una perspectiva completamente pesimista sobre la naturaleza humana y de una visión negativa de las consecuencias que había tenido la Revolución sobre el orden social, el rosismo defendió el rol disciplinador del gobierno para restaurar el respeto a la ley, entendida como el cuerpo de legislación existente, pero también como un orden moral. Los derechos de los individuos, en este esquema, quedaban subordinados a la consecución del bienestar general, si era preciso, por medio de la coerción. En este punto, el discurso rosista caía en una evidente contradicción, ya que si el apoyo popular era, por un lado, lo que daba legitimidad al régimen, al mismo tiempo ese mismo pueblo debía ser férreamente disciplinado a partir de la acción de ese Cincinato que venía a cumplir una misión providencial (Myers, 2002: 45-97).

Sin embargo, visto dentro del entramado del discurso rosista que minuciosamente reconstruye Myers, la figura de de Angelis pierde su especificidad individual y se corre el peligro de dejar de lado el modo en que se fue tramando su pasaje del rivadavianismo al rosismo, que tanto ha desvelado a los autores que se ocuparon de este personaje. En este trabajo se ha intentado, por el contrario, poner el eje en la trayectoria de este personaje particular para ver de qué modo entendió esta supuesta conversión y qué rasgos la cultura local la permitieron.

En primer lugar, se prestó el recorrido de de Angelis por Europa: su adhesión a la monarquía de Murat, luego a los movimientos liberales de 1820, su posible conexión con sociedades carbonarias y por último su pasaje por el París de la restauración, donde parece haber entrado en contacto con los debates intelectuales de esa década y donde realizó sus primeros escritos en el marco de una obra erudita y a la vez didáctica como lo fue la *Biographie Universelle*. Un análisis de las entradas que redactó de Angelis entre 1824 y 1826 para este volumen mostró su manejo del legado de ideas del iluminismo italiano, que había resurgido como universo de referencias en el Nápoles de fines del siglo XVIII. El difícil contexto político

que atravesaba Francia en esos años, sus dificultades para insertarse laboralmente en esta ciudad así como también la prohibición de regresar a su país de origen llevaron a de Angelis a aceptar la propuesta de Varaigne de venir a Buenos Aires a dirigir dos periódicos y participar así del proyecto cultural rivadaviano de formación de una opinión pública y modernización de la sociedad porteña.

Como otros italianos que habían dado su apoyo a la intervención napoleónica en la península y luego se habían involucrado en los movimientos de 1820 que exigían a los monarcas restaurados la adopción de una carta constitucional, de Angelis llegó a Buenos Aires en 1827 atraído por la posibilidad de desempeñarse profesionalmente y quizás también con la esperanza de encontrar en una república un gobierno más inclinado a contratar sus servicios. En el primer año de su estadía en esta ciudad trabajó junto con el español José Joaquín de Mora en la redacción de dos periódicos, *La Crónica Política y Literaria de Buenos* y *El Conciliador*. El estudio de estas publicaciones mostró el modo en que de Angelis se sirvió de su bagaje intelectual, marcado por las ideas de la Ilustración, para defender al gobierno en medio de la guerra contra el Brasil, instruir al público con la presentación de noticias extranjeras y de los debates intelectuales europeos y apelar a la necesidad de reducir las discordias políticas entre las provincias del Río de la Plata.

De Angelis pronto se vio, al igual que los otros *esuli*, en una difícil situación ante la rápida caída del gobierno que lo había contratado: Rivadavia renunció a la presidencia en el mismo año de 1827 y los gobiernos sucesivos de la provincia de Buenos Aires no reconocieron los contratos que había firmado con de Angelis. Éste, junto a su compañero Mora, intentó sobrevivir con la fundación de colegios que, como los primeros periódicos, resultaron ser empresas efímeras. Mora partió entonces a Chile, pero de Angelis permaneció en Buenos Aires y pasó a prestar sus servicios al nuevo gobernador Juan Manuel de Rosas. Este pasaje a las filas del rosismo no fue automático, ya que hasta mediados de la década de 1835 -cuando el asesinato de Quiroga desencadenó el temor de nuevos conflictos- no era seguro que el “Restaurador de las Leyes” se convertiría en el líder político que se mantuvo en el poder hasta 1852. Aún más: durante la primera mitad de la década de 1830, la Legislatura funcionó con relativa independencia y le negó la Suma del Poder Público que recién le otorgaría en 1835. Durante esos años, el acercamiento de de Angelis a la facción federal, ahora en el gobierno, no significó una total identificación con la figura de Rosas; en cambio, mantuvo contactos con los distintos

sectores que se disputaban el poder en ese entonces y sirvió también a los gobiernos de Viamonte y Balcarce. Por otro lado, el apoyo Rosas no fue una elección aislada, ya que también optaron por ella varios de los compatriotas de de Angelis, como Carlo Zucchi. Todos estos sujetos emigrados de una situación conflictiva en Europa probablemente consideraron -como lo hacían en ese momento diversos sectores de la sociedad porteña, entre ellos, nada menos que un personaje como Alberdi- que Rosas representaba el mantenimiento de una autoridad que pacificaría a la región luego de los fallidos intentos de instaurar un orden político que se habían sucedido desde la revolución.

De cualquier modo, lo cierto es que de Angelis fue una pieza clave en la configuración del discurso rosista analizado por Myers. En este trabajo se intentó mostrar cómo fue que el ideario iluminista y liberal que traía consigo de Europa y puso primero al servicio de Rivadavia, fue utilizado por este letrado para legitimar al gobierno de Rosas. Esta continuidad en las ideas de de Angelis, en los temas que trataba y los tópicos a los que recurría se hace evidente si se tiene en cuenta una publicación en particular, los *Ensayos literarios y políticos* de 1833, que reunían en un mismo volumen textos escritos en ambos períodos. Allí reapareció la preocupación por el orden, presentada como el problema de mantener un equilibrio entre la anarquía y el despotismo, que ya había estado presente en los periódicos rivadavianos, junto con otro tipo de discusiones entre las que tenía un lugar central la economía política, cuyos principios de Angelis trataba de difundir incluso en una obra más tardía como lo fue la *Colección de obras y documentos* -cuyo modelo era el *Rerum scriptores* del ilustrado Muratori- donde ya era explícita la adhesión al “héroe del desierto”. La defensa de los principios de la economía política -según los cuales la libertad dada a los individuos en su accionar económico es aquello que redundaría en un mayor bienestar para la sociedad- llama la atención por su contradicción con la desconfianza en la naturaleza humana y en los efectos nocivos del comercio propios del ideario del rosismo tal como lo presenta Myers. Quizás esto sea un indicio, como ha señalado Wasserman, de la fuerte presencia de una vertiente liberal dentro del discurso rosista, en el cual el universo de referencia republicano quizás no era hegemónico (2008a: 150-151).

En estas dos obras también estaba presente el planteo sobre la imposibilidad de trasladar a un pueblo el sistema político de otro. En los *Ensayos* la idea era utilizada para rechazar, no el proyecto unitario, sino el federal, pero ya en la *Colección de obras y documentos* se reaparecía esta definición de las sociedades americanas como *pueblos jóvenes*, uno de los puntos centrales,

como señala Myers, del discurso rosista en su definición “burkeana” de la política. En los argumentos de de Angelis a favor de la política práctica había asimismo algo de la crítica a Tanucci, el ministro de Carlos III en Nápoles, que esbozara en su artículo de la *Biographie Universelle*. El monarca borbón, que había sido visto por los ilustrados napolitanos como la única esperanza para que el reino saliera de su atraso económico y cultural, resultó ser una fuente de decepciones y en esto le cupo un rol no menor, según de Angelis, al ministro que, en el afán de introducir reformas y destruir los vestigios de un estado en decadencia, no había logrado sentar las bases de un nuevo orden: eran estas bases, precisamente, las que estaba llamado a construir Rosas.

Otro punto central para comprender por qué el pasaje del rivadavianismo a las filas rosistas podía ser concebido como una posibilidad real para este letrado reside en el modo en que concebía su labor intelectual. La historia de los intelectuales en América Latina ha tendido a ver a los letrados del siglo XIX como los “herederos, en un mundo secularizado, del poder espiritual” (Halperín, 1998: 50), es decir, como personajes que ante el quiebre revolucionario pretendieron seguir en el vértice del poder que les había garantizado el régimen colonial, en su rol de juristas, docentes, clérigos y funcionarios de la corona. Sin embargo, de Angelis parece haber entendido su posición de un modo distinto: como lo muestran sus *Ensayos* y sus cartas a Carlo Zucchi, se concebía a sí mismo como un *escritor público* y esta función era entendida como un trabajo, un *métier* específico que lo autorizaba a discutir temas relevantes para la opinión pública, para ilustrarla, pero que lo mantenía al margen de las contiendas políticas en las que se enfrentaban los distintos partidos que aspiraban al poder. Su aspiración, entonces, no era tanto la de tomar las riendas de la política o dirigir el destino de la nueva nación, sino el de poner sus conocimientos al servicio del estado y la opinión. La política de constante movilización y enfrentamiento que llevó adelante el rosismo -aunque no fuera presentada como tal en su discurso- tendió sin embargo a absorber los esfuerzos de este letrado y a enemistarlo con los opositores a Rosas, ellos sí anhelantes de ocupar el poder político. La alianza con Rosas resultó ser una apuesta riesgosa para de Angelis y funcionó solo algunos años, pasados los cuales, una vez caído el Restaurador, mostraría su contracara al no encontrar el napolitano un lugar seguro en el nuevo escenario político post-Caseros.

Fue una apuesta riesgosa, sí, pero ¿qué opciones tenía? Un exiliado italiano, desencantado con el escaso resultado que habían tenido en su tierra de origen los proyectos

políticos en los que se había embarcado; perteneciente a una generación anterior a la de los jóvenes mazzinianos, mucho más idealistas quizás y dispuestos a sacrificar -aunque sólo en parte- sus destinos personales en favor de una lucha que para entonces había adquirido carácter nacional; alejado en definitiva, tanto por edad como por origen, de los desvelos de los jóvenes románticos argentinos, sin ningún interés en hacerse del poder y dirigir las riendas de la nación. ¿Por qué, pese a los planes de volver a Nápoles, a las interminables referencias en su epistolario al deseo de volver a Europa, este letrado permaneció en Buenos Aires? De Angelis vio en Rosas tanto al representante de un orden que le parecía necesario en la política -sobre todo en la de la *anárquica* América-, pero también una posibilidad de desempeñarse profesionalmente, de encontrar finalmente un lugar donde asentarse y, en efecto, logró ocupar una posición privilegiada en la esfera cultural porteña durante el rosismo. Es cierto, su vida en Buenos Aires no fue una exenta de problemas, pero ¿acaso había sido más tranquila su existencia en Europa? En Buenos Aires pudo además adquirir algo de la fama que tanto lo había desvelado y ganar renombre gracias a sus empresas eruditas: el coleccionismo, la biblioteca, las obras monumentales. Sin embargo, un nuevo revés de la fortuna arrastraría a Pietro de Angelis a un nuevo exilio en 1852. Para ganarse el favor de la nueva clase política, recurrió a la presentación de sí mismo, ya aparecida en las cartas a Zucchi, como un letrado que actuaba al margen de los enfrentamientos civiles. De allí que eligiera compararse con Bonpland, una figura de prestigio internacional que nadie recusaba pese a haber sido el encargado de cuidar los jardines de la esposa de nadie menos que el “gran hombre” Napoleón. Quizás esta estrategia, ya desaparecido Rosas, haya surtido efecto; lo cierto es que en 1855 de Angelis retornaba a Buenos Aires y poco tiempo después aparecía su nombre entre los miembros del Instituto Histórico y Geográfico fundado por Mitre: una vez más, prestaba sus servicios a un nuevo gobierno.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

I. Periódicos y artículos de periódicos

El Conciliador. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1827.

La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires. Buenos Aires: Imprenta Argentina, Imprenta del Estado, Imprenta de la Independencia, 1827.

“El editor del Lucero”. En *El Lucero. Diario político, literario y mercantil* (p. 2). Buenos Aires, num. 1121, 31/7/1833.

“Dogma socialista. Juicio de este libelo”. En: *Archivo Americano o espíritu de la prensa del mundo* (pp. 78-82). Buenos Aires, primera serie, num. 32, 28/1/1847.

“Prospecto de una escuela elemental para niños con el título de Escuela Lancasteriana, Calle de la Florida, N° 60”. En: *La Gaceta Mercantil* (p. 2). Buenos Aires, num. 1401, 5/8/1828.

II. Correspondencia y compilaciones de documentos

Apéndice documental. En: Wiess, I. (1944) *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis. Contribución a su biografía*, Buenos Aires: El Ateneo.

Badini, G. (comp.) (1999). *Lettere dai due mondi. Pietro de Angelis e altri corrispondenti di Carlo Zucchi*. Reggio Emilia: Ministero per i beni e la attività culturali.

III. Libros y folletos

Acusación contra el príncipe de Polignac ex-ministro de Carlos X y su defensa ante la Cámara de Pares por el señor de Martignac. Traducida al castellano por Pedro de Angelis. (1831) Buenos Aires: Imprenta de la Independencia.

Angelis, P. de (1833). *Ensayos literarios y políticos*. Buenos Aires: s.n.

---- (1835-1838). *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. Ilustrado con notas y disertaciones por Pedro de Angelis*. Buenos Aires: Imprenta del Estado.

---- (1855). *Noticia biográfica de Mr. Bonpland por Mr. de Angelis*. Buenos Aires: Imprenta de la “Revista”.

Biographie Universelle ancienne et moderne, ou la Histoire, par ordre alphabétique, de la vie publique et privé de tous les hommes qui se son fait remarquer par leurs écrits, leurs actions,

leurs talents, leurs vertus et leurs crimes. Ouvrage entièrement neuf, rédigé par une Société de gens de lettres et de savants. (1811-1862). Paris: Michaud frères.

Chateaubriand, F. R. (1831). *Opúsculos del Sr. de Chateaubriand, traducidos al castellano por Pedro de Angelis.* Buenos Aires: Imprenta de la Independencia.

Bibliografía

Agulhon, M. (2009). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Alberdi, J. B. (1998). *Fragmento preliminar al estudio del derecho.* Buenos Aires: Ciudad Argentina.

Aliata, F. (1998). “Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata” y “Lenguaje arquitectónico, republicanismo y proyecto urbano en el Buenos Aires posrevolucionario” En: Aliata, F. y Munilla Lacasa, M. L. (comps.) *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata* (pp. 11-22, 69-87) Buenos Aires: Eudeba.

Becú, T. y Torres Revello J., (1941). *La colección de documentos de Pedro de Angelis y el Diario de Diego de Alvear.* Buenos Aires: Peuser, Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Investigaciones históricas n° LXXV.

Carbia, R. D. (1939). *Historia crítica de la historiografía argentina; desde sus orígenes en el siglo XVI.* La Plata: Universidad Nacional. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Crespo, H. (2008). El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo. En C. Altamirano (dir.) y M.J. Myers (ed. del volumen) *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (pp 290-311). Buenos Aires: Katz Editores.

Croce, B. (1919). “Voci di esuli. Andrea e Pietro de Angelis”. En *Una famiglia di patrioti e altri saggi storici e critici* (pp.101-113). Bari: Gius. Laterza y Figli.

De Gandia, E. y Trostiné, R. (1946) *Pedro de Angelis.* Buenos Aires: Editorial La Facultad.

Devoto, F. (2008). *Historia de los italianos en la Argentina.* Buenos Aires: Biblos.

Díaz Molano, E. (1968). *Vida y obra de Pedro de Angelis.* Santa Fe: Colmegna.

Dulong, C. (1993). “De la conversación a la creación”. En: G. Duby y M. Perrot (dirs.) *Historia de las mujeres en Occidente. Tomo 6: Del Renacimiento a la Edad Moderna* (163-189). Madrid: Taurus.

Echeverría, E. (1873). “Cartas a don Pedro de Angelis, editor del Archivo Americano”. En: J. M. Gutiérrez (comp.) *Obras completas. Tomo 4. Escritos en prosa* (pp.228-326). Buenos Aires: Imprenta y librería de Mayo.

Fontana, P. M., Román, C. (2006). "Cartas a un amigo. La polémica con Pedro de Angelis en el contexto de recepción del *Dogma Socialista*". En Laera, A., Kohan, M. (comp.) *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría* (pp. 225-264). Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

Furet, F. (1995). *Revolutionary France. 1770-1880*. Oxford: Blackwell.

Goblot, J. J. (1995). *La jeune France liberale. Le Globe et son group littéraire. 1824-1830*. París: Plon.

Ingenieros, J. (1937). *La evolución de las ideas argentinas. Libro III. La restauración del orden*. En: *Obras completas* (revisadas y anotadas por Aníbal Ponce), vols. 15-16. Buenos Aires: Ediciones L.J. Rosso.

Halperín Donghi, T. (1998). "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica". En *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas* (2^{da} ed.) (pp. 41-63). Buenos Aires: Sudamericana.

---- (2005). *Una nación para el desierto argentino* (pról. de Roy Hora). Buenos Aires: Prometeo Libros.

Mansilla, L. V. (1964). "El señor Don Pedro". En *Entre nos. Causeries de los jueves. Selección* (pp. 53-61). Buenos Aires: Eudeba.

Marani, A. N. (1987). *Cinco amigos de Rivadavia*. La Plata: Universidad Nacional. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios Italianos.

Mármol, J. (2008). *Amalia*. Caseros: Gradifíco.

Munilla Lacasa, M. L. (2010). "El poder en escena: las fiestas del primer Rosas". En *Celebrar y gobernar: un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires. 1810-1835*. Tesis de doctorado de la Universidad Torcuato Di Tella.

Myers, J. (1998a). "La Cultura Literaria del Período Rivadaviano: Saber Ilustrado y Discurso Republicano". En Aliata, F. y Munilla Lacasa, M.L. (eds.), *Carlo Zucchi y el Neoclasicismo en el Río de la Plata* (pp.31-48). Buenos Aires: Eudeba.

---- (1998b). "La revolución de las ideas: La Generación Romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas". En Goldman, N. (dir.), *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)* (pp. 381-445). Buenos Aires: Sudamericana.

---- (2002). *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Pagani, N., Souto, N., Wasserman, F. (1998). "El ascenso de Rosas al poder y el surgimiento de la Confederación (1827-1835)". En Goldman, N. (dir.), *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)* (pp. 283-321). Buenos Aires: Sudamericana.

- Pimenta, J. P. (2011). *Estado y Nación hacia el final de los Imperios Ibéricos. Río de la Plata y Brasil 1808-1828*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Podgorny, I. (2007). "De ángeles, gigantes y megaterios. El intercambio de fósiles de las provincias del Plata en la primera mitad del siglo XIX". En Salvatore, R. (comp.) *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno* (pp.). Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- Rama, A. (1998). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Ramos, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, R. (1948). *Historia de la literatura argentina. Tercera parte. Los proscriptos*. Buenos Aires: Losada. 2 vols.
- Sabor, J. E. (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo bio-bibliográfico*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Sarmiento, D. F. (1993). *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847 y diario de gastos* (edición crítica Javier Fernández, coordinador). Nanterre: ALLCA XX.
- (2009). *Facundo* (ed. y notas de N. Dottori y S. Zanetti). Buenos Aires: Centro Editor de Cultura.
- Sazbón, J. (2002). "De Angelis difusor de Vico: examen de un paradigma indiciario", en *Historia y representación* pp. (193, 244). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Ternavasio, M. (1998). "Las reformas rivadavianas en Buenos Aires y el Congreso General Constituyente (1820-1817)". En, Goldman, N. (dir.). *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Tomo III de la *Nueva Historia Argentina* (coordinador general, Juan Suriano). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 159-197.
- Urquiza Almandoz, Oscar F. (1972). *La cultura de Buenos Aires a través de su prensa periódica. 1810-1820*. Buenos Aires: Eudeba.
- Venturi, F. (1972). *Italy and the Enlightenment. Studies in a Cosmopolitan Century*. (Ed. Stuart Wolf. Trad. Susan Corsi). New York: New York University Press.
- (1976). *Settecento riformatore. II La chiesa e la repubblica dentro il loro limiti 1758-1774*. Torino: Giulio Einaudi editore.
- Wasserman, F. (2008a). *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*. Buenos Aires: Teseo.
- (2008b). "Una pregunta en dos tiempos: ¿qué hacer con la Revolución de Mayo?". En: *Nuevo Topo*, num 5, septiembre/octubre 2008, pp. 45-67.
- Weinberg, F. (1977). *El Salón Literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette.

Wiess, I. (1944) *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis. Contribución a su biografía*, Buenos Aires: El Ateneo.

Zinny, A. (1958). *Estudios biográficos*. Buenos Aires: Hachette.